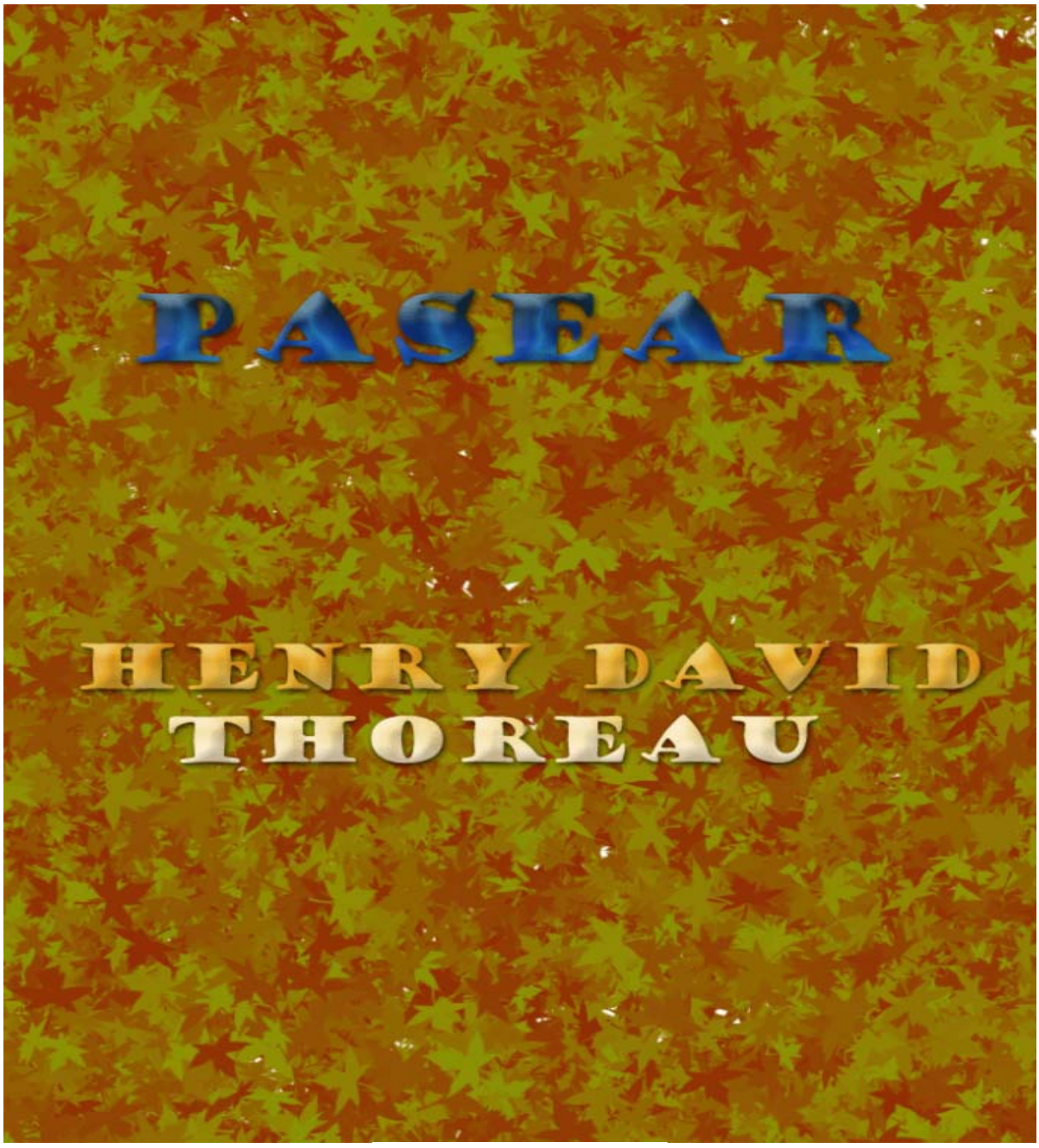
LIBRO dot.com

# PASEAR

## HENRY DAVID THOREAU




LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Henry David Thoreau

# PASEAR

## Índice

**PASEAR .....**

**UN PASEO DE INVIERNO .....**

**CAMINAR.....**

*El libro original omite una aclaración que nos parece importante mencionar aquí, y es que, el mismo, incluye dos ensayos distintos de H. D. Thoreau:*

*"Walking" (pasear) y "A Winter Walk" (un paseo de invierno)*

*Otra acotación, tal vez más importante que la anterior, incumbe al primer ensayo (Walking). En el mismo, no sabemos si por decisión de la traductora o del editor, se han quitado párrafos completos de la versión original de Thoreau, juzgando, tal vez, que estos, por algún motivo, se apartaban del tema central del ensayo, o no convenían al carácter de la colección que ellos publican. En cualquier caso, pensamos que se trata de una mutilación innecesaria de la obra y del pensamiento del autor, muy criticable por cuanto no se advierte de ello, ni se dan razones. Por tal motivo, al final del presente texto, adicionamos una traducción completa de "Walking", bajo el título "Caminar". ensayos.*

## PASEAR

Quisiera hablar a favor de la Naturaleza, de la libertad absoluta y lo agreste, en contraposición a la libertad y la cultura meramente civiles, considerar al ser humano como un habitante, o una parte integral de la Naturaleza, más que como miembro de la sociedad. Quisiera hacer una declaración extremista, y si es así le daría gran énfasis, porque ya hay suficientes defensores de la civilización: el sacerdote, el consejo escolar y cada uno de vosotros os ocuparéis de ello.

En el transcurso de mi vida he conocido sólo a una o dos personas que comprendieran el arte de Caminar, o sea, de dar paseos, que tuvieran, por así decirlo, el don de sauntering[1], palabra de origen admirable que deriva de «los holgazanes que vagabundeaban por el país en la Edad Media y pedían limosna con el pretexto de dirigirse à la Sainte Terre», a Tierra Santa, por lo que los niños exclamaban «Ahí va un Sainte-Terrer», el que se dirige a Tierra Santa. Los que nunca van a Tierra Santa en sus caminatas, como pretenden, no son más que meros holgazanes o vagabundos; pero los que allí se dirigen son auténticos paseantes, en el buen sentido, como yo lo entiendo. Algunos, sin embargo, creen que la palabra deriva de los sans terre, o sea, sin tierra ni hogar, lo que, por consiguiente y también en el buen sentido, significaría sin hogar fijo pero «como en casa» en todas partes. Puesto que éste es el secreto de un buen paseo. Puede que quien se queda sentado en una casa todo el tiempo sea el vagabundo más grande que exista; pero el paseante, en el buen sentido, no es más vagabundo que el río serpenteante que busca con afán el camino más corto al mar. Yo, no obstante, prefiero la primera etimología, seguramente la más probable. Porque cada paseo es una especie de cruzada a la que algún Pedro el Ermitaño interior nos invita a lanzarnos para reconquistar esta Tierra Santa de manos de los infieles.

Es verdad, no somos más que timoratos cruzados; hoy en día ni los caminantes acometemos empresas tenaces e interminables. Nuestras expediciones son sólo vueltas, y regresamos al anochecer al viejo calor de la lumbre del que hemos partido. La mitad de la caminata consiste en volver sobre nuestros pasos. Tal vez deberíamos lanzarnos al más corto de los paseos con espíritu de imperecedera aventura, con idea de no regresar jamás, listos para enviar sólo el corazón embalsamado a nuestro desolado reino. Si estás preparado para dejar a tu padre y madre, hermano y hermana, mujer, hijos y amigos, y no volver a verlos... Si has pagado tus deudas, hecho tu testamento y dejado tus cosas en orden... Si eres un hombre libre, entonces estás listo para echar a andar.

Pasando ahora a mi propia experiencia, mi compañero y yo, porque a veces tengo un compañero, disfrutamos imaginándonos como caballeros de una nueva —o mejor dicho vieja— orden, no una orden ecuestre, sino andante, mucho más antigua y honorable, creo. El espíritu caballeresco y heroico que en una época era patrimonio del jinete, hoy en día parece residir, o mejor dicho, haber recaído en el Caminante, no el Caballero, sino el Caminante, Errante. Es una especie de cuarto poder, al margen de la Iglesia, el Estado y el Pueblo.

Nos parecía que éramos casi los únicos por aquí que practicábamos este noble arte; aunque, para ser sincero, a la mayoría de mis vecinos —al menos si uno cree sus afirmaciones— también les gustaría dar un paseo de vez en cuando, pero no pueden. No hay dinero que pueda comprar el imperativo tiempo libre, la independencia y la libertad, el capital de esta profesión. Sólo la gracia de Dios lo

[1] * *Saunter:* Deambular, dar una vuelta o un paseo tranquilamente. (N. de la T.)

proporciona. Para convertirse en un caminante hace falta una dispensa directa del Cielo. Hay que nacer en la familia de los Caminantes. Ambulator nascitur, non fit.[2] Es cierto que algunos de mis conciudadanos recuerdan y me han descrito algunos paseos que hicieron hace diez años, en los que hasta tuvieron la suerte de perderse en el bosque durante media hora; pero sé muy bien que desde entonces se han limitado al camino público, por mucho que pretendan pertenecer a esta clase selecta. Sin duda, se sintieron elevados durante un instante como por la reminiscencia de una forma anterior de existencia, en la que incluso eran habitantes de los bosques y proscritos.

Si no pasara al menos cuatro horas al día —y por lo general suelen ser más— errando por los bosques, las montañas y los campos, absolutamente libre de todo compromiso mundano, creo que no podría conservar la salud ni el ánimo. A veces, cuando me acuerdo de tantos mecánicos y comerciantes que están en sus tiendas no sólo toda la mañana sino también toda la tarde, sentados con las piernas cruzadas, como si éstas estuvieran hechas para sentarse y no para estar de pie o caminar, pienso que tiene mérito que no se hayan suicidado hace mucho tiempo.

Yo, que no puedo estar en mi habitación ni un solo día sin oxidarme un poco, y que cuando me escabullo para dar un paseo a las cuatro de la tarde, en el último momento, demasiado tarde para salvar el día, cuando las sombras de la noche ya han empezado a mezclarse con la luz diurna, me siento como si hubiese cometido un pecado que tengo que expiar, confieso que me asombra la capacidad de aguante, por no mencionar la insensibilidad moral, de mis vecinos que se encierran en tiendas y oficinas todo el día durante semanas, meses, y... años seguidos.

Sin duda, el temperamento y sobre todo la edad tienen mucho que ver. A medida que el hombre se hace mayor, aumenta su capacidad para estar quieto y dedicarse a actividades bajo techo. Al acercarse al crepúsculo de su vida, sus hábitos se hacen cada vez más vespertinos, hasta que al fin sólo sale poco antes de la puesta de sol para andar media hora, que es todo lo que necesita.

Pero la caminata de la que yo hablo no tiene nada que ver con hacer ejercicio, como suele decirse —como si se tratara de un enfermo que toma su medicina a horas fijas, o alguien que levanta pesas—, sino que es la empresa y la aventura del día en sí. Si queréis hacer ejercicio, id en busca de los manantiales de la vida. Pensad en un hombre que levanta mancuernas para mantenerse sano, mientras en las lejanas praderas surgen a borbotones los manantiales sin que él vaya a buscarlos.

Es más, hay que caminar como un camello, que, según dicen, es el único animal que rumia mientras camina. Una vez, un viajero le pidió a la criada de Wordsworth que le enseñara el estudio de su amo, y ésta le respondió: «Aquí está su biblioteca, pero su estudio es al aire libre».

Cuando andamos, nos dirigimos con naturalidad hacia los campos y los bosques. ¿Qué sería de nosotros si camináramos sólo por un jardín o una alameda? Hasta ciertas sectas filosóficas, como sus miembros no iban al bosque, sintieron la necesidad de hacérselo traer. «Plantaron arboledas y paseos de plátanos», donde hacían sus subdiales ambulationes[3] en patios abiertos. Naturalmente que es inútil dirigir nuestros pasos hacia el bosque si no nos llevan allí. Cuando veo que he caminado mecánicamente mil quinientos metros por un bosque, sin estar allí en espíritu, me alarmo. Durante mi paseo de la tarde, quisiera olvidar todas las ocupaciones matinales y las obligaciones para con la sociedad. Pero a veces no me resulta fácil quitarme de encima la aldea. Alguna idea de trabajo me da vueltas por la cabeza y no estoy donde está mi cuerpo, estoy lejos de mis sentidos. Durante mis paseos, me gustaría volver a mis sentidos. ¿Para qué estoy en el bosque, si pienso en cosas que no

[2] "Paseante se nace, no se hace". Nota de la versión digital.
[3] Paseos al aire libre. Nota versión digital.

tienen nada que ver con él? Dudo de mí y no puedo evitar un escalofrío cuando me sorprendo tan implicado incluso en lo que llaman buenas obras; porque es algo que a veces puede pasar.

Los alrededores me ofrecen infinidad de buenos paseos; y aunque hace muchos años que salgo a caminar casi todos los días, y a veces durante varios días, todavía no los he agotado. Un paisaje absolutamente nuevo es motivo de una enorme felicidad que aún puedo sentir cualquier tarde. Dos o tres horas de caminata pueden llevarme a una zona tan desconocida como jamás esperaba encontrar. Una granja que no había visto nunca a veces es algo tan maravilloso como los dominios del rey de Dahomey[4]. De hecho, hay una especie de armonía aún por descubrir entre las posibilidades del paisaje en un radio de quince kilómetros, o sea, dentro de los límites de un paseo vespertino, y los setenta años de vida humana. Uno nunca llegará a conocerla a fondo.

Hoy en día, casi todo el llamado progreso humano, como la construcción de casas y la tala de bosques y de todos los grandes árboles, sencillamente deforma el paisaje y lo hace cada vez más dócil y ordinario. ¡Un pueblo que se precie comenzaría por quemar sus cercas y respetar el bosque! He visto cercas semiconsumidas por el fuego, los límites de la propiedad perdidos en medio de la pradera, y a algún avaro de este mundo con un agrimensor buscando el linde. Aunque el cielo se había aposentado a su alrededor, no advertía el ir y venir de los ángeles porque sólo buscaba el viejo agujero de una estaca en medio del paraíso. Volví a mirar, y lo vi en medio de una ciénaga estigia rodeado de diablos; sin duda había reencontrado el linde —tres pequeñas piedras donde había estado clavada una estaca— y, al mirar de más cerca, vi que el Príncipe de las Tinieblas era su agrimensor.

Puedo caminar fácilmente quince, veinte, treinta kilómetros, o los que sean, a partir de mi puerta, sin pasar delante de ninguna casa ni cruzar camino alguno salvo los marcados por los zorros y visones; primero junto al río, después al lado del arroyo y por último por la pradera y los confines del bosque. Hay, por los alrededores, hectáreas sin habitantes. Desde muchas colinas logro ver de lejos la civilización y las moradas humanas. Los campesinos y sus labores no son mucho más visibles que las marmotas y sus madrigueras. Me alegra ver que el ser humano y sus asuntos, la Iglesia, el Estado y la escuela, el tráfico y el comercio, la industria y la agricultura, y hasta la política —lo más alarmante de todo— ocupan tan poco espacio en el paisaje. La política es sólo un terreno estrecho, y más estrecho aún ese camino distante que lleva a ella. A veces se lo señalo al viajero. Si queréis ir al mundo de la política, seguid ese camino, seguid al comerciante mientras os echa polvo en los ojos y os llevará directamente; pues ella también tiene sencillamente un sitio, y no ocupa todo el espacio. Paso por allí como quien pasa por un campo de judías para entrar en el bosque, y me olvido de ella. Al cabo de media hora llego a una parte de la superficie terrestre en la que ningún hombre está de un año a otro, y, por consiguiente, la política no existe, ya que no es más que el humo del cigarro de un hombre.

La villa es el lugar al que llevan los caminos, una especie de expansión de la carretera, como el lago de un río. Es el cuerpo cuyos brazos y piernas son los caminos, encrucijada, vía pública y ordinaria de los viajeros. Según Marco Terencio Varrón, la palabra latina villa, junto con via, o las más antiguas ved y vella, derivan de veho, transportar, porque la villa es el lugar al que se llevan y del que salen las cosas. Se decía que los que se ganaban la vida transportando se dedicaban a vellaturam facere[5]. De donde procede también la palabra latina vilis, y nuestra «vil» y «villano». Lo que indica la suerte de degeneración a la que son proclives los habitantes de las villas. Están agotados de

[4] * Nombre antiguo de Benin. (N. de la T.)

[5] Transportar mercancías por dinero. Nota versión digital.

viajar, aunque ellos mismos no viajen, por el ajetreo de los que pasan sin cesar por allí.

Algunos ni siquiera se mueven; otros andan por los caminos; y unos pocos van a campo través. Las carreteras están hechas para los caballos y los mercaderes. Yo no las uso demasiado, comparativamente, porque no tengo prisa en llegar a ninguna de las posadas, tiendas, caballerizas ni cocheras a las que llevan. Soy un buen caballo para viajar, pero, por propia decisión, no uno de silla. El paisajista usa figuras humanas para indicar un camino, pero la mía no le sirve para ello. Yo ando por la misma naturaleza por la que transitaban los antiguos profetas y poetas, Manu, Moisés, Homero, Chaucer. Podéis llamarla América, pero no lo es. Ni Américo Vespucio, ni Colón ni el resto fueron sus descubridores. Hay una explicación más verosímil en la mitología que en cualquiera de las llamadas historias de América que he visto.

De momento, por los alrededores, la mayor parte de la tierra no es propiedad privada; el paisaje no tiene dueño y el caminante disfruta de cierta libertad. Pero posiblemente llegará un día en que la dividirán en los llamados campos de recreo, en los que unos pocos dispondrán de un placer limitado y exclusivo. Las cercas se multiplicarán y las trampas del hombre y otros artilugios inventados para confinar al ser humano en los caminos «públicos» harán que caminar sobre la faz de la tierra de Dios sea interpretado como la violación de la propiedad de algún caballero. Disfrutar de algo en exclusiva es, por lo general, excluirse a uno mismo de disfrutarlo de verdad. Aprovechemos, pues, nuestras oportunidades antes de que lleguen los días aciagos.

¿Por qué a veces es tan difícil decidir adonde ir? Creo que hay un sutil magnetismo en la naturaleza que, si cedemos a él inconscientemente, nos lleva a donde corresponde. No es indiferente hacia dónde vamos. Existe un camino correcto; pero, por atolondramiento o estupidez, somos proclives a tomar el equivocado. De buen grado cogeríamos el camino por el que aún no hemos transitado en este mundo real y que es el símbolo perfecto del sendero por el que nos gusta viajar en el mundo interior e ideal. Sin duda, a veces nos cuesta decidir el rumbo porque todavía no tenemos una idea claramente formada.

Cuando salgo de casa para dar un paseo sin saber adonde me llevarán mis pasos, y me rindo a que mi instinto decida por mí, me doy cuenta, por muy enigmático y extraño que parezca, de que inevitablemente me encamino hacia el sudoeste, hacia algún bosque en concreto, un prado desierto o una colina. La aguja de mi brújula es inquieta, varía unos pocos grados y no siempre señala directamente el suroeste, es verdad, y tiene buenas razones para esta variación, pero siempre se fija entre el oeste y el sur-suroeste. El futuro, para mí, está en esa dirección, en que la tierra parece más inagotable y rica. La línea que delimitaría mis paseos no es una circunferencia, sino una parábola, o mejor dicho una de esas órbitas de cometas que son curvas sin retorno, en este caso abierta hacia el oeste, en la que mi casa ocuparía el lugar del sol. A veces doy vueltas y más vueltas durante un cuarto de hora, hasta que decido, por milésima vez, que iré hacia el suroeste o el oeste. Hacia el este sólo voy por obligación; pero hacia el oeste por libre elección. Nada me llama hacia el horizonte oriental, y me cuesta creer que pueda encontrar bellos paisajes, lo suficientemente agrestes y libres. No me entusiasma la perspectiva de ir en esa dirección; sin embargo, creo que el bosque que veo sobre el horizonte occidental se extiende ininterrumpidamente hacia el crepúsculo, y no hay ciudades ni pueblos de entidad suficiente para molestarme. Viva donde viva, de este lado está la ciudad, del otro la naturaleza, y cada vez me alejo más de la ciudad y me retiro a la naturaleza.

El oeste del que hablo es sólo otro nombre de lo agreste; y lo que me disponía a decir es que la conservación del Mundo radica en la Naturaleza Salvaje. Todos los árboles proyectan sus fibras en busca de la Naturaleza. Las ciudades la importan a cualquier precio. Los hombres aran y navegan para buscarla. Los tónicos y las cortezas que animan a la humanidad provienen del bosque y del

monte.

Creo en el bosque, en la pradera y en la noche en la que crece el grano. Necesitamos una infusión de abeto o ciprés en nuestro té. Hay una diferencia entre comer y beber para tener energía y hacerlo por simple glotonería. Los hotentotes devoran con avidez la médula cruda del kudu y otros antílopes como cosa natural. Algunos de nuestros indígenas del norte comen la médula del reno ártico, así como otras partes, incluida la punta de los cuernos, siempre y cuando sea blanda. En esto, posiblemente, les han ganado por la mano a los cocineros de París. Toman lo que por lo general va a parar al fuego, algo probablemente mejor para el hombre que el vacuno engordado en establo y el cerdo de matadero. Nombradme un acto salvaje cuyo espectáculo ninguna civilización pueda soportar... como si nos alimentáramos de médula cruda de antílope.

Hay algunos espacios que limitan con el canto de los tordos del bosque a los que me gustaría emigrar... tierras salvajes que ningún colono ha ocupado, a las que ya estoy, creo, aclimatado.

Cummings, el cazador de África, nos dice que la piel del antílope africano, así como la de todos los otros antílopes recién matados, exhala un perfume de árbol y hierba de lo más delicioso. Me gustaría que todos los hombres se parecieran al antílope salvaje y fueran parte integral de la Naturaleza, que su fragancia advirtiera suavemente a nuestros sentidos de su presencia y nos recordara las regiones de la naturaleza que frecuenta. No suelo sentir ganas de burlarme si el abrigo de un trampero huele incluso a rata almizclera; para mí, es un olor más agradable que el que desprenden las prendas de un comerciante o un erudito. Cuando me acerco a sus armarios y toco sus ropas, no me evocan las llanuras verdes ni las praderas floridas que han frecuentado, sino las lonjas y las bibliotecas polvorientas.

Una piel curtida por el sol es algo más que respetable y quizá el color cetrino le sienta mejor al hombre, al habitante de los bosques, que el blanco. « ¡El pálido hombre blanco!» No me sorprende que los africanos le tuvieran lástima.

Darwin, el naturalista, dice: «Un blanco bañándose junto a un tahitiano era como una planta descolorida por obra de un jardinero comparada con una de hermoso color verde oscuro que creciera con fuerza al aire libre». Ben Jonson[6] exclama:

« ¡Qué cerca del bien está lo bello!»

y yo añadiría:

« ¡Qué cerca del bien está lo salvaje!»

La vida coincide con lo agreste. Lo más vivo es lo más salvaje. La presencia de la naturaleza no sometida al hombre lo renueva. Si uno avanzara incesantemente y nunca dejara de esforzarse, si madurara deprisa e hiciera infinitas exigencias a la vida, siempre se encontraría en un país nuevo o en un territorio virgen, rodeado por la materia prima de la vida, y treparía por los troncos postrados de los árboles de los bosques primitivos.

Para mí, la esperanza y el futuro no están en los jardines ni en los campos cultivados, en los pueblos ni en las ciudades, sino en los pantanos inaccesibles y movedizos. Al analizar mi debilidad por

[6] * Dramaturgo y poeta inglés (1572-1637). (N. de la T.)

alguna finca que quería comprar en otros tiempos, me doy cuenta de que me atraían exclusivamente unos pocos acres de ciénaga insondable, un desaguadero natural en un extremo del terreno. Esa era la joya que me deslumbraba. Los pantanos que rodean a mi pueblo natal han contribuido más a mi subsistencia que los huertos. Para mis ojos no hay parterres más ricos que los densos lechos de andromeda enana (Cassandra calyculata) que cubren estos páramos suaves de la superficie de la tierra. La botánica no puede decirme mucho más que los nombres de los arbustos que crecen allí —el alto arándano, la andromeda panicular, el laurel enano, la azalea y el rododendro—, todos ellos erguidos en el esfagnal movedizo. Quisiera tener mi casa delante de esta masa de oscuro matorral rojizo, sin parcelas de flores ornamentales, abetos trasplantados, jardineras acicaladas ni senderos de gravilla, tener este terreno fértil frente a mi ventana, no unos pocos montículos de tierra importada sólo para cubrir la arena que quedó amontonada al cavar la bodega. ¿Por qué no poner mi casa, mi sala, detrás de este terreno en lugar de detrás de un mezquino conjunto de curiosidades, sustituto pobre de la Naturaleza y el Arte que se llama «mi jardín de delante»? Limpiar y dejar la propiedad decente una vez que se ha marchado el carpintero y el albañil es todo un esfuerzo, pero se hace tanto para el transeúnte como para el morador. Un seto, para mí, nunca ha sido un objeto de estudio agradable, por muy bonito que sea; los adornos más elaborados me cansan enseguida y me disgustan. Llevad vuestros umbrales hasta el borde del pantano (aunque quizá no sea el mejor lugar para tener una bodega seca), de modo que los ciudadanos no puedan acceder por allí. Los jardines de delante no están hechos para entrar, sino, como mucho, para cruzarlos y poder entrar por detrás.

Sí, aunque me consideréis perverso, si me propusieran vivir en el vecindario de los jardines más bellos que el arte humano haya concebido o en un «Pantano Deprimente», sin duda elegiría este último. ¡Qué vanos han sido para mí todos vuestros esfuerzos, ciudadanos!

Mi ánimo infaliblemente se levanta en proporción directa a un exterior monótono. ¡Dadme el océano, el desierto o las extensiones salvajes! En el desierto, el aire puro y la soledad compensan la falta de humedad y fertilidad. El viajero Burton dice al respecto: «La moral mejora; uno se vuelve franco y cordial, hospitalario y decidido... En el desierto, los licores fuertes estimulan sólo la repugnancia. Hay un gozo intenso en la mera existencia animal». Quienes han viajado mucho por las estepas tártaras dicen: «Al regresar a las tierras cultivadas, la agitación, la perplejidad y el torbellino de la civilización nos oprimía y sofocaba, como si nos faltara el aire, y a cada momento pensábamos que íbamos a morir de asfixia». Cuando quiero recrearme, busco el bosque más profundo, el pantano más denso, más interminable, y, para el ciudadano, el más deprimente. Penetro en el pantano como en un lugar sagrado, un Sancta Sanctorum. Allí está la fuerza, la médula, de la Naturaleza. El bosque virgen cubre el mantillo, y la misma tierra es buena para el hombre y para los árboles. La salud humana requiere tantos acres de pradera para contemplar como carretadas de estiércol su granja. Es la fuerte sustancia de la que se alimenta. A un pueblo lo salvan tanto los bosques y pantanos que lo rodean como los hombres de bien que lo habitan. Una comunidad con un bosque primitivo que se agita en lo alto y otro bosque primitivo que se pudre por debajo, no sólo es apropiada para el cultivo de grano y patatas, sino también para el cultivo de poetas y filósofos por los siglos venideros. En semejante suelo se criaron Homero, Confucio y el resto, y de esa naturaleza salvaje surge el Reformador que come langostas y miel silvestre.

Conservar los animales salvajes por lo general supone la creación de un bosque en el que habiten y al que recurran. Lo mismo sucede para el hombre. Hace cien años, en las calles se vendían cortezas extraídas de nuestros propios bosques. Creo que en el simple aspecto de esos árboles primitivos y ásperos había un principio que curtía y fortalecía las fibras del pensamiento humano. ¡Ay, tiemblo por esta época degenerada, en comparación, de mi pueblo natal en que ya no se puede recoger un buen montón de corteza gruesa ni producimos brea ni trementina!

Las naciones civilizadas —Grecia, Roma, Inglaterra— se han alimentado de los bosques primitivos que antiguamente se pudrieron donde están ellas. Sobreviven en tanto la tierra no se agote. ¡Ay de la cultura humana! Pero se puede esperar muy poco de un pueblo que agote su manto vegetal y se vea obligado a fabricar abono con los huesos de sus antepasados. Allí el poeta se nutre sólo de su grasa superflua y el filósofo se ve reducido al tuétano de sus huesos.

¿Dónde está la literatura que da expresión a la Naturaleza? Estaría representada por un poeta capaz de poner a los vientos y arroyos a su servicio para que hablaran por él; que clavara las palabras a su primitivo sentido, como los campesinos clavan en primavera las estacas que la helada ha levantado; que extrajera las palabras siempre que las usara y las trasplantara a su página con la tierra adherida a las raíces; cuyas palabras fuesen tan verdaderas, frescas y naturales que parecieran expandirse como los brotes al acercarse la primavera, aunque estuviesen semiasfixiadas entre dos hojas enmohecidas de una biblioteca... sí, florecer y fructificar allí, según su especie, anualmente para el lector fiel, en armonía con la Naturaleza que las rodea.

No conozco ninguna poesía que exprese adecuadamente este anhelo por lo Salvaje. Desde este punto de vista, la mejor poesía es insustancial. No sé en qué literatura encontrar, antigua o moderna, una expresión que satisfaga esta visión de la Naturaleza que conozco. Veréis que exijo algo que ni el período neoclásico ni el isabelino, que ninguna cultura en definitiva, pueden ofrecer. La mitología es lo que más se acerca. La mitología griega, al menos, tiene sus raíces en una Naturaleza mucho más fértil que la literatura inglesa. La mitología es el fruto que produjo el Viejo Mundo antes de que su suelo se agotara, antes de que la plaga echara a perder la fantasía y la imaginación, y que sigue produciendo dondequiera que su prístino vigor esté intacto. El resto de las literaturas no duran más que la sombra de los olmos sobre nuestra casa; pero la mitología es como el gran drago de las islas Canarias, viejo como el género humano, y, desaparezca o no, durará tanto como él; pues los despojos de otras literaturas producen el mantillo en el que ella prospera.

Occidente se está preparando para añadir sus fábulas a las de Oriente. Los valles del Ganges, del Nilo y del Rin ya han recogido sus cosechas; falta ver lo que producirán los valles del Amazonas, del Plata, del Orinoco, del San Lorenzo y del Misisipí. Tal vez, cuando con el correr del tiempo la libertad americana se haya convertido en una ficción del pasado —como ya es, hasta cierto punto, una ficción del presente—, los poetas del mundo se inspiren en la mitología americana.

Ni los sueños más fantásticos de los salvajes son menos auténticos, aunque no correspondan al criterio general que domina entre los ingleses y americanos de hoy. No todas las verdades coinciden con el sentido común. La Naturaleza tiene un lugar tanto para la clemátide silvestre como para la col. Algunas expresiones de la verdad son retrospectivas; otras, meramente sensatas, como suele decirse; y otras, proféticas. Algunos tipos de enfermedad, incluso, pueden profetizar formas de salud. Los geólogos han descubierto que las figuras de serpientes, grifos, dragones voladores y otras imágenes fantásticas de la heráldica, tenían su prototipo en las formas de especies fósiles que se extinguieron antes de la creación del hombre, y, por lo tanto, «indican un conocimiento difuso y oscuro de un estado previo de existencia orgánica». Los hindúes se imaginaban que la tierra se apoyaba sobre un elefante, y el elefante sobre una tortuga, y la tortuga sobre una serpiente; y, aunque quizá sea una coincidencia sin importancia, no estaría de más señalar que últimamente se ha descubierto en Asia el fósil de una tortuga lo suficientemente grande como para sostener a un elefante. Confieso que tengo cierta debilidad por estas increíbles fantasías que trascienden el orden del tiempo y la evolución. Son un recreo sublime para el intelecto. A la perdiz le encantan los guisantes, pero no los que la acompañan en la cacerola.

En síntesis, todo lo bueno es salvaje y libre. En un acorde musical, ya sea producido por un

instrumento o por la voz humana —tomemos, por ejemplo, el sonido de una corneta en una noche de verano—, hay algo que, por su salvajismo, y hablo sin ironía, me recuerda al grito de las fieras en sus bosques natales. Puedo entender gran parte de su desenfreno. Dadme hombres salvajes como amigos y vecinos, no seres sumisos. La barbarie de los salvajes no es más que un débil símbolo de la espantosa ferocidad con la que se topan los hombres de bien y los amantes.

Me satisface que haya que domar a los caballos y a los novillos para convertirlos en esclavos de los hombres, y que los hombres mismos tengan que pasar las mocedades antes de convertirse en miembros sumisos de la sociedad. Sin duda, no todos son igual de civilizables; y, que la mayoría sean dóciles por disposición heredada, como los perros y las ovejas, no es razón para domar la naturaleza de los demás y reducirlos al mismo nivel. Los hombres en general se parecen, pero se han creado varios tipos para que pueda haber diversidad. Para cosas sin importancia, un hombre puede servir casi tan bien como otro; pero para algo más especial, hay que considerar la excelencia individual. Cualquiera puede tapar un agujero para impedir que entre el viento, pero no todos pueden realizar una tarea tan especial como la realizada por el autor de este ejemplo. Confucio dice: «La piel del tigre y el leopardo, una vez curtida, es como la del perro y la oveja». Pero no es el papel de una auténtica cultura domar al tigre, ni hacer que una oveja se convierta en un animal feroz; y curtir sus pieles para hacer zapatos no es el mejor uso que se les puede dar.

Tenemos una madre inmensa, salvaje y rugiente, la Naturaleza, que se extiende a nuestro alrededor con tal belleza y tal cariño por sus hijos como el leopardo; y sin embargo, nos separan demasiado pronto de su seno para pasar a la sociedad, a esa cultura que es exclusivamente una interacción del hombre con sus semejantes, una especie de crianza endogámica que produce, como mucho, una nobleza inglesa, una civilización destinada a llegar a su fin rápidamente.

En la sociedad, en las mejores instituciones de los hombres, es fácil detectar cierta precocidad. Cuando aún deberíamos ser niños que crecen, ya somos pequeños hombres. Dadme una forma de cultivo que traiga mucho abono de las praderas y cave el suelo... ¡no una que confíe únicamente en abonos que calientan, en herramientas perfeccionadas y en métodos de cultivo!

No quisiera que todos los hombres ni todos los aspectos del hombre estuviesen cultivados, del mismo modo que no me gustaría ver cada acre de tierra cultivado. Una parte puede dedicarse a la labranza, pero la mayor extensión debe reservarse a las praderas y al bosque, y no sólo para utilizarlos de inmediato, sino para que preparen el humus del futuro distante por medio de la descomposición anual de la vegetación que albergan.

Aunque casi todos los hombres se sienten atraídos hacia la sociedad, hay unos pocos que se sienten profundamente atraídos por la Naturaleza. La reacción de la mayoría de éstos hacia la Naturaleza, a pesar de sus artes, me parece inferior a la de los animales. ¡Qué poco valoramos la belleza del paisaje! Nos han dicho que los griegos llamaban al mundo kosmos, Belleza u Orden, pero no sabemos muy bien por qué lo hacían, y, como mucho, lo consideramos un hecho filológico curioso.

En cuanto a mí, con respecto a la Naturaleza, tengo la impresión de vivir como una especie de habitante fronterizo, en los confines de un mundo al que hago sólo incursiones ocasionales y efímeras, y mi patriotismo y lealtad hacia el estado a cuyos territorios parezco retirarme son los de un bandolero. Con tal de llegar a una vida que yo llamo natural, seguiría con gusto incluso a un fuego fatuo por pantanos y ciénagas inimaginables, pero ni luna ni luciérnaga alguna me han mostrado el sendero que lleva hacia allí. La Naturaleza es una personalidad tan vasta y universal que siempre habrá algún rasgo que no hemos visto. El andariego que recorre los familiares campos que se extienden por los alrededores de mi pueblo natal se encuentra a veces con una tierra distinta

de la que figura en los títulos de propiedad, como si estuviera en algún territorio lejano en los confines del Concord real, donde cesa su jurisdicción, y la idea que la palabra Concord [concordia] sugiere deja de ser sugerida. Estas granjas cuyos planos yo mismo he trazado, estas estacas que yo mismo he clavado, aparecen difusamente inmóviles como a través de la niebla; pero no existe proceso químico que pueda fijarlas; se desvanecen de la superficie del cristal, y la imagen que el pintor ha pintado sale confusa de debajo. El mundo al que estamos acostumbrados no deja rastro, y no tendrá aniversario.

La otra tarde fui a dar un paseo por la finca Spaulding. Vi el sol crepuscular iluminando un majestuoso bosque de pinos sobre el lado opuesto. Los rayos dorados se filtraban por los pasillos que dejaban los árboles, como si fuera una mansión señorial. Me impresionó como si se tratara de una antigua familia, admirable y espléndida, que se hubiese instalado sin que yo lo supiera en esa parte de la tierra que llamamos Concord y tuviera al sol como criado; una familia que no frecuentaba la vida social del pueblo y a la que no se iba a visitar. Divisé su parque, el campo de recreo, al otro lado del bosque, en el prado de arándanos de Spaulding. Los pinos, a medida que crecían, les proporcionaban los gabletes. La casa no se veía a simple vista; los árboles crecían a través de ella. No sé si escuché el ruido de unas risas ahogadas o no. Parecían descansar sobre los rayos del sol. Tienen hijos e hijas. Están perfectamente bien. La huella de la carreta del granjero, que cruza completamente la mansión, no los molesta en lo más mínimo, como tampoco el fondo enfangado de un charco con el reflejo del cielo que se ve a veces. Nunca han oído hablar de Spaulding, y no saben que es vecino suyo, a pesar de que yo lo he oído silbar mientras atravesaba la casa con su yunta. No hay nada que iguale la serenidad de sus vidas. Su escudo de armas es un sencillo liquen. Lo vi pintado en los pinos y los robles. Las buhardillas estaban en la copa de los árboles. No hacían política. No había ruido de trabajo. No parecía que tejieran ni hilasen.

Sin embargo, lo que sí detecté cuando el viento se calmó y se acallaron los ruidos, fue el susurro musical más suave y bonito que pueda imaginarse, como el zumbido distante de una colmena en mayo... Quizá fuera el murmullo de sus pensamientos. No tenían pensamientos ociosos, y nadie de fuera podía ver su trabajo, pues su laboriosidad no estaba encerrada como en nudos y excrecencias.

Pero me cuesta recordarlos. Se desvanecen de mi mente irremediablemente, incluso ahora mientras trato de evocarlos y calmarme. Sólo después de un prolongado y serio esfuerzo por acordarme de mis mejores pensamientos, vuelvo a ser consciente de su presencia en este lugar. Si no hubiese familias como ésta, creo que me iría de Concord.

En Nueva Inglaterra tenemos la costumbre de decir que cada año nos visitan menos palomas. Nuestros bosques no les brindan hayucos ni bellotas. Del mismo modo, pareciera que de año en año cada vez menos ideas visitan a los hombres a medida que crecen, porque el bosquecillo de nuestra mente está devastado, se ha vendido para alimentar el fuego fatuo de la ambición, o se ha enviado al aserradero y apenas queda una ramita sobre la que puedan posarse. Ya no anidan ni crían entre nosotros. En alguna estación mejor, quizá una sombra tenue atraviese el paisaje de la mente, impulsada por las alas de algún pensamiento en su migración vernal u otoñal, pero, al mirar hacia arriba, no logramos detectar la esencia del pensamiento mismo. Nuestros pensamientos alados se convierten en aves de corral. Ya no se elevan y sólo llegan a la grandeza de las especies de Shanghai o la Cochinchina. ¡Estos grandiosos pensamientos, estos grandiosos hombres de los que se habla!

Nos abrazamos a la tierra... ¡raramente alzamos vuelo! Creo que podríamos elevarnos un poco más. Al menos podríamos trepar a un árbol. Una vez descubrí el valor de subir a un árbol. Era un gran pino blanco en lo alto de una colina; y aunque me llené de resina, valió la pena porque descubrí en

el horizonte montañas que nunca había visto... ¡tierras y cielos nuevos! Si no me hubiera subido, podría haberme paseado durante setenta años sin llegar a verlos jamás. Pero sobre todo descubrí a mi alrededor —era final de junio— unas delicadas y diminutas flores rojas de forma cónica, la flor fecunda del pino blanco que apunta al cielo y que sólo se encuentra en las ramas más altas. Me llevé el brote apical directamente al pueblo y se lo enseñé a unos jurados forasteros que paseaban por las calles —era semana de audiencia—, a unos campesinos, a unos comerciantes de madera, a unos leñadores y a unos cazadores. Nadie hasta entonces había visto nada igual y se maravillaron como si una estrella hubiese caído del cielo. ¡Como los arquitectos de la antigüedad que acababan su obra rematando la punta de la columna con la misma perfección que la empleada en las partes más visibles de la base! La naturaleza ha dirigido desde el principio esas diminutas flores del bosque hacia el cielo, por encima de nuestra cabeza, de modo que pasen inadvertidas. Sólo vemos las flores que están a nuestros pies en los prados. Hace siglos que cada verano los pinos abren sus delicadas flores en las ramas más altas del bosque, sobre todos los hijos de la naturaleza, tanto blancos como pieles rojas, pero difícilmente un campesino o un cazador las haya visto jamás.

Por encima de todo, no podemos darnos el lujo de no vivir en el presente. Bendito entre todos los mortales quien no pierde ni un instante de la vida que pasa a su lado recordando el pasado. A menos que nuestra filosofía oiga el canto del gallo en todos los corrales de nuestro horizonte, siempre estará desfasada. Este canto suele recordarnos que nuestros trabajos y formas de pensar están cada vez más oxidados y son cada vez más viejos. Su filosofía llega a una época más reciente que la nuestra. Hay algo en él que hace pensar en un testamento más nuevo, un evangelio según este momento. No ha ido atrás; ha madrugado y mantenido su ventaja, y estar donde está él es estar oportunamente, en primera línea del tiempo. Es una expresión de la salud y sensatez de la Naturaleza, una bravuconada para el mundo entero, saludable como un manantial que brota, como la nueva fuente de las Musas, para celebrar este supremo instante de tiempo. Allí donde habita no se aprueban leyes para esclavos fugitivos. ¿Quién no ha traicionado a su amo muchas veces desde la última vez que escuchó esta nota?

El mérito del canto de esta ave es la ausencia de toda melancolía. Un cantante puede hacernos llorar o reír con facilidad, ¿pero quién puede estimularnos el puro gozo matinal? Cuando un domingo estoy deprimido y triste andando por las aceras espantosamente silenciosas, o, quizá, cuando me encuentro en una casa mortuoria, y escucho cerca o a lo lejos el canto de un gallo, pienso para mí mismo: «Al menos uno de nosotros está bien», y repentinamente recupero mi sano juicio.

Un día del pasado noviembre tuvimos un atardecer notable. Me paseaba por un prado donde nace un arroyuelo, cuando el sol, justo antes de ponerse después de un día frío y gris, por fin llegó a una parte despejada del horizonte y una especie de luz matinal de lo más suave y brillante cayó sobre la hierba seca, los troncos de los árboles del lado opuesto y sobre los follajes de los robles jóvenes de la ladera de la colina, mientras nuestras sombras se alargaban sobre el prado, hacia el este, como si fuéramos simples partículas de los rayos. Era una luz imposible de imaginar un instante antes, y el aire estaba tan tibio y sereno que no faltaba nada para que ese prado fuera un paraíso. Cuando pensamos que no era un fenómeno único que no volvería a repetirse, sino que se repetiría eternamente un número infinito de tardes para alegrar y tranquilizar a la última criatura que caminara por aquel lugar, fue más glorioso aún.

El sol se pone en alguna pradera distante, en la que no se ve ninguna casa, con toda la gloria y el esplendor que prodiga sobre las ciudades, y, quizá, como jamás se ha puesto hasta hoy... en un lugar donde no hay más que un halcón solitario con las alas doradas por la luz crepuscular, o donde sólo una rata almizclera se asoma de su madriguera y un arroyuelo de vetas negras en medio de un pantano empieza a serpentear lentamente alrededor de un tocón que se pudre. Caminábamos bajo

una luz tan pura y centelleante que dora la hierba y las hojas marchitas, una luz de un resplandor tan dulce y sereno que pensé que nunca nos habíamos bañado en semejante caudal áureo, sin una onda, sin el más mínimo murmullo alrededor. La parte oeste de todos los bosques y colinas brillaba como los alrededores del Elíseo, y el sol detrás de nosotros parecía un bondadoso pastor llevándonos de regreso a casa al atardecer.

Es así como paseamos en busca de la Tierra Santa, hasta el día en que el sol brille más que nunca y quizá ilumine nuestra mente y nuestro corazón, y alumbre nuestra vida entera con la majestuosa luz del despertar, tan tibia, serena y dorada como a orillas de un río en otoño.

## UN PASEO DE INVIERNO

El viento se filtra con un quedo murmullo a través de los postigos, o sopla con aterciopelada suavidad sobre las ventanas. De vez en cuando, suspira como un céfiro de verano agitando las hojas durante toda la santa noche. El ratón de campo se ha dormido en su abrigado pasadizo subterráneo, el búho se ha instalado en un árbol hueco en la profundidad de los pantanos; el conejo, la ardilla y el zorro, todos se han puesto a cubierto. El perro guardián se ha tumbado tranquilo junto al hogar, y el ganado se ha quedado en silencio en el establo. La tierra misma se ha dormido, como si fuera su primer, y no su último sueño. Salvo algún ruido de la calle o la puerta de la casa de madera que chirría débilmente interrumpiendo el desconsuelo de la naturaleza en su funcionamiento nocturno, el único sonido despierto entre Venus y Marte nos advierte de una distante calidez interior, un ánimo y fraternidad divinos, donde los dioses se reúnen, pero que resulta desolador para los hombres. Sin embargo, mientras duerme la tierra, el aire está despierto y se ha llenado de ligerísimos copos que caen, como si reinara una Ceres boreal y arrojara su grano plateado sobre todos los campos.

Dormimos, y al final despertamos a la inmóvil realidad de una mañana de invierno. La nieve yace tibia como el algodón y se acumula sobre el alféizar de la ventana; el marco hinchado y los cristales helados reciben una luz débil e íntima que realza la acogedora comodidad interior. La quietud de la mañana es impresionante. El suelo cruje bajo nuestros pies cuando nos acercamos a la ventana a mirar un claro sobre los campos. Vemos los techos bajo el peso de la nieve. De los aleros y las cercas cuelgan estalactitas de hielo, y en el jardín se alzan estalagmitas que cubren su corazón oculto. Los árboles y los arbustos elevan sus brazos blancos al cielo; y donde había paredes y setos vemos formas fantásticas que retozan haciendo cabriolas por el sombreado paisaje, como si la Naturaleza hubiera esparcido sus diseños hechos durante la noche como modelos para el artista.

Abrimos la puerta en silencio, dejando que caiga dentro la nieve amontonada, y salimos a enfrentarnos con el aire cortante. Las estrellas ya han perdido parte de su brillo, y una niebla opaca y plúmbea bordea el horizonte. Una tenue luz bronceada sobre el este proclama la llegada del día, mientras el paisaje occidental aún permanece espectral y oscuro, envuelto en una tenebrosa luz tartárea, como si fuera un reino umbrío.

Se oyen sólo sonidos infernales: el canto de los gallos, el ladrido de los perros, hachazos contra la madera, el mugir de las vacas... todo parece venir del corral de Plutón, más allá de la laguna Estigia, no porque evoquen melancolía alguna, sino porque su bullicio crepuscular es demasiado solemne y misterioso para la tierra.

El rastro fresco de algún zorro o alguna nutria en el huerto nos recuerda que la noche está repleta de acontecimientos, y la naturaleza primitiva aún sigue en marcha dejando huellas en la nieve. Abrimos la verja y echamos a andar a paso vivo por el solitario camino; la nieve seca y quebradiza cruje bajo nuestros pies y nos estimula el chirrido agudo del trineo de madera que parte hacia el distante mercado, desde la puerta matinal del granjero donde ha permanecido todo el verano soñando entre las briznas de hierba y los rastrojos, mientras vemos de lejos la luz de la primera vela a través de las ventanas nevadas de la granja, como una pálida estrella que emite su rayo solitario o una severa virtud rezando sus maitines. Las volutas de humo de las chimeneas empiezan a ascender una tras otra entre los árboles y la nieve.

*Mientras recio el aire frío explora el alba,*
*desde alguna cañada profunda,*
*demorándose en su viaje hacia el cielo,*
*e intimando poco a poco con el día,*
*el humo, tibio y perezoso, serpenteante se eleva.*

*Las espirales remolonas, juguetean entre sí,*
*sin propósito cierto, y con lentitud,*
*como el amo adormilado, ahí debajo, junto al hogar,*
*cuya mente tardía e indolente*
*navega en una calma lejanía, a salvo aún,*
*de la correntada arrolladora*
*con que comienza a fluir la nueva jornada.*

*El leñador pronto irá con paso certero*
*con intenciones de agitar su hacha matinal.*
*Pero primero, en el oscuro amanecer,*
*envía por doquier al humo explorador,*
*su alado emisario y último peregrino,*
*a que se alce en vuelo desde el tejado,*
*para saber del aire helado y del nuevo día.*
*Pero aún se lo ve acurrucado junto al hogar,*
*sin reunir coraje suficiente para destrancar la pesada puerta.*
*Mientras tanto, el humo ya ha bajado por el valle con el viento ligero,*
*y sobre la llanura despliega su espiral aventurera,*
*y envuelve la copa de los árboles,*
*y vaga colina arriba,*
*y entibia las alas del pájaro mañanero.*

*Y ahora, acaso, desde lo alto del aire vigoroso,*
*como una nube refulgente en la bóveda celestial*
*saluda a su amo inmóvil, junto a la puerta,*
*y divisa al día, llegando desde los confines de la tierra...*[7]

[7] En esta versión digital, nos hemos tomado la libertad de cambiar el orden de algunos versos. Originalmente, era como sigue:

*El humo perezoso se eleva serpenteante*
*de alguna cañada profunda,*
*e intima poco a poco con el día*
*demorándose en su viaje hacia el cielo,*
*mientras el aire recio explora al alba.*
*Las espirales remolonas juguetean entre sí,*
*sin propósito cierto, con lentitud,*
*como el amo adormilado, ahí debajo,*
*junto al hogar, cuya mente tardía e indolente*
*aún no se ha lanzado a la corriente arrolladora del nuevo día,*
*y ahora navegan muy lejos.*
*El leñador va a paso certero*
*con intenciones de agitar el hacha matinal.*
*Pero primero, en el oscuro amanecer,*
*envía por doquier a su emisario,*
*el humo explorador, último peregrino,*

Oímos el ruido de los granjeros cortando leña a lo lejos, sobre la tierra helada, el ladrido del perro y el clarín del gallo, a pesar de que el aire gélido y tenue sólo transporta las partículas más finas de sonido hasta nuestros oídos, con pequeñas y suaves vibraciones, como las olas del más puro y liviano de los líquidos que se calman enseguida cuando algún elemento grande se hunde hacia el fondo. Los sonidos llegan claros como campanadas, como si hubiera menos impedimentos que en verano que los desvanecieran y desgarraran. El paisaje es sonoro, como la madera seca; hasta los habituales ruidos rurales son melodiosos, y el tintineo del hielo sobre los árboles es suave y líquido. Hay la mínima humedad posible en la atmósfera, todo está seco o congelado, y es de una tenuidad y elasticidad tan extremas que se convierte en una fuente de placer. El cielo lejano y tenso parece converger como las naves de una catedral, y el aire lustroso centellea como si hubiera cristales de hielo flotando. Quienes han residido en Groenlandia nos dicen que cuando hiela «el mar ahuma como cuando se quema un campo de hierba, y se levanta una bruma o niebla llamada "humo helado", un humo cortante que suele producir ampollas en la cara y las manos, muy pernicioso para la salud». Pero este frío puro y estimulante, en cambio, es un elixir para los pulmones, no tanto una neblina helada como una calina cristalizada de pleno verano, refinada y purificada por el frío.

El sol, por fin, se levanta a través del bosque lejano, como si sonara débilmente el címbalo, y derrite el aire con sus rayos, y la mañana viaja con pasos tan veloces que las distantes montañas occidentales ya se han teñido de dorado. Mientras tanto, caminamos deprisa sobre la nieve en polvo, templados por un calor interior, disfrutando aún de un veranillo de San Martín en medio de un creciente bienestar de los sentidos y la mente. Si nuestra vida se amoldara más a la naturaleza, probablemente no tendríamos que protegernos del frío y el calor, y la consideraríamos nuestra protectora y amiga, como las plantas y los cuadrúpedos. Si alimentáramos nuestro cuerpo con elementos puros y sencillos, y no con una dieta estimulante y calórica, no necesitaríamos para el frío más forraje que una ramita sin hojas, pero medraríamos como los árboles, a los que hasta el invierno les parece templado para su crecimiento.

La maravillosa pureza de la naturaleza en esta estación es un hecho de lo más placentero. Todos los tocones podridos, las piedras y vallas musgosas y las hojas muertas del otoño están ocultos debajo de un blanco manto de nieve. En los campos desnudos y en los bosques tintineantes, se ve la virtud que perdura. En los lugares más fríos y desolados, incluso la benevolencia más cálida encuentra apoyo. Un viento frío y penetrante ahuyenta todo contagio y sólo puede resistirlo lo virtuoso; por consiguiente, respetamos como algo dotado de una especie de testaruda inocencia, de firmeza puritana, todo lo que encontramos en lugares fríos e inhóspitos, como las cumbres de las montañas. Todo lo demás parece retirarse en busca de refugio, y lo que queda fuera debe ser parte del marco original del universo, de un valor tan grande como el del mismo Dios. Respirar aire límpido es vigorizante. Resulta clara su mayor pureza y delicadeza, y de buena gana nos quedaríamos fuera hasta tarde; así los vientos también pueden soplar a través de nosotros como a través de los árboles sin hojas y aclimatarnos al invierno, como si esperáramos apropiarnos de cierta virtud pura e

*que alza vuelo del techo en plena madrugada,*
*para sentir el aire helado e informar al día.*
*Y cuando aún flota agachado a ras del suelo,*
*sin reunir coraje para desatrancar la puerta,*
*ya ha bajado por el valle con el viento ligero,*
*y sobre la llanura despliega su espiral aventurera,*
*envuelve la copa de los árboles, vaga colina arriba,*
*y entibia las alas del pájaro matinal.*
Y ahora, acaso, divisa el día por los confines de la tierra

inmutable que nos beneficie en todas las estaciones.

En la naturaleza hay un fuego subterráneo y adormilado que nunca desaparece, y que ningún frío puede congelar. Termina por derretir las grandes nieves, y en enero está oculto bajo una capa más gruesa que en julio. En los días más fríos, se desplaza hacia alguna parte y la nieve se funde alrededor de todos los árboles. El fuego está cubierto por la capa más delgada en el campo invernal de centeno, que brota a finales de otoño, y que ahora funde rápidamente la nieve. Sentimos cómo nos calienta. En el invierno el calor simboliza toda la virtud, y pensamos en un delgado riachuelo con sus piedras desnudas brillando al sol y en los cálidos manantiales del bosque con el mismo anhelo que las liebres y los tordos. El vapor que se eleva de los pantanos y las lagunas nos resulta tan querido y familiar como el que sale de la tetera. ¿Qué fuego podría igualar al brillo del sol en un día de invierno, cuando el ratón de campo se asoma junto al muro y el paro carbonero cecea en los desfiladeros del bosque? El calor proviene directamente del sol, no lo irradia la tierra como en verano; y, cuando sentimos sus rayos sobre la espalda mientras atravesamos a pie algún valle nevado, agradecemos esta benevolencia especial y bendecimos al sol que nos ha seguido en este paseo.

Este fuego subterráneo tiene su altar en el pecho de cada hombre; pues en el día más frío y en la colina más inclemente el viajero abriga entre los pliegues de su capa un fuego más tibio que el que arde en ningún hogar. Un hombre sano, en realidad, es el complemento de las estaciones, y, en invierno, lleva el verano en su corazón. Allí está el sur; hacia allí han migrado todos los pájaros e insectos, y alrededor del tibio manantial de su pecho se reúnen el tordo y la alondra.

Al final, al llegar al comienzo del bosque y después de dejar atrás el pueblo, entramos bajo su protección, como si cruzáramos el umbral y entráramos en una casa toda revestida y llena de nieve. Sigue hermoso y cálido, tan tibio y alegre como en verano. Nos detenemos en medio de los pinos, bajo una luz a cuadros, titilante, que se abre paso sólo un poco por este laberinto, y nos preguntamos si las ciudades habrán oído alguna vez su sencilla historia. Da la sensación de que ningún viajero lo ha explorado jamás, y por más que la ciencia revele maravillas todos los días en todas partes, ¿a quién no le gustaría escuchar sus anales? Los humildes pueblos de la llanura son su contribución. Sacamos del bosque las tablas que nos cobijan y la leña que nos calienta. ¡Qué importantes son los árboles de hojas perennes en invierno, ese trozo de verano que no se desvanece en todo el año, la hierba que no se marchita! Así de simple, con poco gasto de altitud, es la diversidad de la superficie de la tierra. ¿Qué sería de la vida humana sin bosques, sin esas ciudades naturales? Desde la cumbre de las montañas parecen jardines de césped recién cortado, ¿pero adonde iríamos a caminar si no entre estas plantas más altas?

En este claro umbroso cubierto de arbustos de un año, vemos cómo el polvo plateado yace sobre todas las hojas y ramas secas, depositado en formas tan infinitas y lujosas que su misma variedad expía la falta de color. Observad las diminutas huellas de los ratones alrededor de cada tronco y las huellas triangulares de los conejos. Mientras un cielo puro y elástico está suspendido sobre toda la escena, como si las impurezas de la bóveda estival, refinadas y encogidas por el casto frío del invierno, hubieran sido aventadas de los cielos sobre la tierra.

En esta estación, la naturaleza desbarata sus distinciones de verano. El cielo parece estar más cerca de la tierra. Los elementos son menos reservados y definidos. El agua se convierte en hielo, la lluvia en nieve. El día es una noche escandinava. El invierno es un verano ártico.

Cuánto más vivos son los seres que viven en la naturaleza, los animales cubiertos de pelaje que sobreviven a las noches gélidas en medio de los campos y los bosques cubiertos de hielo y nieve...

¡y ve salir el sol!

«Los páramos sin comida
que hacen salir a sus pardos habitantes.»

La ardilla gris y el conejo son rápidos y juguetones en los valles lejanos, incluso en la mañana de un viernes frío. Aquí está nuestra Laponia y nuestro Labrador, ¿y acaso para nuestros esquimales y knistenaux, indios Costillas de Perro[8], habitantes de Nueva Zembla y de las islas Spitzberg, no tenemos al cortador de hielo y al leñador, el zorro, la rata almizclera y la nutria?

Aun así, en medio del día ártico, quizá podamos seguir al verano hasta su refugio y comprender un poco la vida contemporánea. Si nos asomamos a los arroyuelos, en medio de las praderas heladas, puede que observemos las guaridas submarinas de las larvas del frígano; sus cápsulas cilíndricas, que las envuelven, hechas de plumas, ramitas, hierbas, hojas secas, cáscaras y guijarros, se parecen en forma y color a los restos de un naufragio diseminados por el fondo. Ora flotan sobre las piedras del fondo, ora giran en diminutos remolinos, caen por algún salto de agua, viajan deprisa con la corriente o se balancean de un lado a otro de una hoja o una raíz. Más tarde abandonarán sus habitáculos sumergidos y subirán reptando por los tallos de las plantas y emergerán sobre la superficie como mosquitos, como insectos perfectos que de ahora en adelante volarán sobre el agua o sacrificarán su corta vida en la llama de nuestras velas nocturnas. En lo profundo de aquel pequeño valle, los arbustos se inclinan bajo su peso, y el rojo de los siálidos contrasta con la tierra blanca. Aquí tenemos las marcas de una miríada de patas que ya han estado en otras partes. El sol se levanta con tanto orgullo sobre esta cañada como sobre el valle del Sena o el Tíber, y parece la residencia de un valor tan puro y autosuficiente como nunca se ha visto, que jamás ha conocido la derrota ni el miedo. Aquí reina la sencillez y la pureza de una era primitiva, y una salud y una esperanza muy alejadas de los pueblos y ciudades. En la profundidad del bosque, completamente solos, mientras el viento sacude la nieve de los árboles y dejamos detrás las únicas huellas humanas, vemos que nuestras reflexiones son mucho más variadas que las de la vida de las ciudades. Los paros y trepatroncos son una compañía más inspiradora que la de los estadistas y los filósofos, y regresaremos a esta última como quien vuelve a una compañía más vulgar. En este pequeño valle solitario, con su arroyuelo que fluye por la ladera, el hielo estriado y los cristales de todos los matices, donde los abetos y pinabetes se elevan a ambos lados, y los juncos y la avena silvestre crecen en medio del riachuelo, nuestra vida es más serena y digna de contemplar.

A medida que avanza el día, las laderas reflejan el calor del sol, y oímos una música débil pero dulce allí donde fluye el arroyuelo liberado de su cautiverio y se derriten los carámbanos de hielo sobre los árboles; vemos y oímos al pájaro trepatroncos y a la perdiz. El viento del sur funde la nieve al mediodía; aparece el campo desnudo con su hierba y sus hojas marchitas, y el aroma que exhala nos da el mismo vigor que una comida fuerte.

Entremos en la cabaña abandonada del leñador y veamos cómo ha pasado las largas noches de invierno y los días cortos y tormentosos. Porque aquí el hombre ha vivido protegido por la ladera sur y parece un sitio civilizado y público. Hacemos las mismas asociaciones que el viajero cuando se detiene en las ruinas de Palmira o Hecatómpolis. Quizá han empezado a aparecer flores y pájaros que cantan, porque las flores y las hierbas siguen los pasos del hombre. Estos pinabetes susurraban por encima de su cabeza, estos nogales americanos eran su combustible y estos pinos resinosos encendían su fuego; el riachuelo humeante en la hondonada de allí, cuyo vapor insustancial y

[8] * Los knistenaux (o cree) y los Costillas de Perro son dos tribus indias del Canadá. (N. de la T.)

transparente sigue ascendiendo con el mismo ajetreo de siempre, fue su pozo, aunque ahora esté lejos.

Estas ramas de pinabete y la paja sobre la plataforma elevada eran su cama; y bebía de este plato roto. Pero es evidente que esta temporada no ha estado aquí, porque los aguadores han anidado sobre este estante el verano pasado. Encuentro algunas ascuas, como si acabara de marcharse, donde cocía sus alubias. Mientras por las noches fumaba en pipa, cuya cazoleta sin boquilla está tirada sobre las cenizas, conversaba con su único compañero, si por casualidad tenía alguno, sobre la profundidad que al día siguiente tendría la nieve, que ya caía rápida y copiosamente, o discutían si el último ruido era el chillido de un búho, el crujido de una rama o pura imaginación. Y a través del ancho hueco de la chimenea, cuando caía la noche invernal, antes de tumbarse sobre la paja, miraba hacia arriba para ver la evolución de la tormenta, y al ver las estrellas de la Silla de Casiopea brillando por encima de él, se dormía feliz.

¡Cuántos rastros han quedado que nos ayudan a saber la historia del leñador! Por este tocón podemos adivinar el filo de su hacha; por el ángulo del corte, si taló el árbol sin cambiar de lado o de mano; y por la curvatura de las astillas podemos saber hacia dónde cayó. Este trozo de madera tiene inscrita toda la historia del leñador y del mundo. En este trozo de papel, que contenía la sal o el azúcar o que era quizá el taco de su arma, leemos con interés, sentados sobre un tronco del bosque, el cotilleo de las ciudades, de esas cabañas más grandes, vacías y abandonadas como ésta, de las calles principales y avenidas. El alero del lado sur de este techo sencillo gotea, mientras el herrerillo pía en el pino y el tibio calor del sol sobre la puerta tiene algo de benévolo y humano.

Tras dos estaciones, esta morada primitiva no deforma el paisaje. Los pájaros ya recurren a ella para construir sus nidos, y se pueden ver las huellas de muchos cuadrúpedos que llegan hasta la puerta. De modo que durante mucho tiempo la naturaleza pasa por alto esta intromisión y profanación del hombre. El bosque todavía se hace eco alegre y confiado de los golpes del hacha que lo tumban, y, mientras sean escasos, acrecienta su salvajismo y todos los elementos se esfuerzan en convertirlo en un ruido natural.

Ahora nuestra senda empieza a ascender gradualmente hacia la cumbre de este cerro alto, desde cuya pared sur podemos observar el amplio territorio que alberga al bosque, el campo y el río, y llega hasta las lejanas montañas nevadas. En esa dirección se divisa una delgada espiral de humo que asciende por el bosque desde alguna granja invisible, estandarte izado sobre una vivienda rural. Seguramente será un lugar más cálido y templado, puesto que detectamos el vapor que surge de un manantial y que forma una nube sobre los árboles. ¡Qué fantástica relación se establece entre el viajero que descubre esta columna etérea desde algún promontorio del bosque y quien está sentado allí debajo! El humo se eleva tan silenciosa y naturalmente como el vapor que exhalan las hojas y dibuja espirales con el mismo ajetreo que el ama de casa de debajo. Es un jeroglífico de la vida humana y sugiere cosas más íntimas e importantes que la cacerola que hierve. Allí donde la fina columna de humo se alza por encima del bosque, como una insignia, se ha asentado la vida humana; así comienza Roma, se establecen las artes y se fundan imperios, tanto en las praderas de América como en las estepas de Asia.

Y ahora volvemos a bajar hasta el margen de este lago del bosque, que yace en una hondonada de las colinas, como si fuera el zumo extraído de éstas y de las hojas que cada año caen allí. Aunque sin entrada ni desembocadura a la vista, tiene su historia en la cadencia del oleaje, en los cantos rodados de la orilla y en los pinos que crecen junto al borde. A pesar de su sedentarismo, no ha estado ocioso, sino que, como Abu Musa, enseña que «estar tranquilamente en casa es el camino celestial, y salir, el camino mundano». No obstante, mediante la evaporación viaja más lejos que

nadie. En verano es el ojo líquido de la tierra, un espejo en el seno de la naturaleza. Los pecados del bosque se lavan en él. Mirad cómo el bosque forma un anfiteatro a su alrededor, y él es su arena para todo lo que tiene de afable la naturaleza. Todos los árboles dirigen al viajero a sus orillas, todos los senderos lo buscan, los pájaros vuelan hacia allí, los cuadrúpedos corren hacia él, hasta el terreno mismo se inclina hacia el lago. Es el salón de la naturaleza, donde ésta se sienta a acicalarse. Considerad su silenciosa economía y orden; la forma en que el sol, mediante la evaporación, quita el polvo de la superficie todas las mañanas, de modo que surja una superficie fresca constantemente; y, al cabo de un año, pese a todas las impurezas que se han acumulado dentro, reaparece su líquida transparencia en primavera. En verano, una música silenciosa parece recorrer la superficie. Pero ahora, una capa de nieve lo oculta, salvo allí donde el viento ha barrido el hielo desnudo, y las hojas secas se deslizan de un lado a otro virando y girando en sus pequeños viajes. Una se ha encallado aquí, contra un guijarro de la orilla, una hoja seca de haya que todavía se mece como si fuera a zarpar de nuevo. Un patrón de barco talentoso, creo, podría trazar su curso desde que se cayó del árbol. Aquí están todos los elementos para el cálculo. Su posición actual, la dirección del viento, el nivel del agua del lago, y todo lo que se necesite. En sus bordes y nervaduras lastimados está enrollado su cuaderno de bitácora.

Nos imaginamos en el interior de una casa más grande. La superficie de la laguna es nuestra mesa de pino o nuestro suelo cubierto de arena, y el bosque que se eleva abruptamente desde la orilla son las paredes de la cabaña. Los sedales que tiramos para pescar lucios a través del hielo son una preparación culinaria más grande, y las personas, sobre el suelo blanco, parecen parte del mobiliario del bosque. Su actividad, a unos setecientos metros de distancia sobre el hielo y la nieve, nos impresiona como cuando leemos las hazañas históricas de Alejandro. Parecen dignos del paisaje, y tan trascendentes como la conquista de un reino.

Hemos vuelto a vagar por los arcos del bosque, hasta que, desde su límite, oímos el distante estampido del hielo de la bahía del río, como si lo movieran mareas distintas y más sutiles que las oceánicas. Para mí, tenía el extraño sonido del hogar, sobrecogedor como la voz de un pariente noble y lejano. Un sol suave de verano brilla sobre el bosque y el lago, y aunque hay sólo una hoja verde para muchas ramas, la naturaleza disfruta de una salud serena. Cada sonido está cargado de la misma misteriosa tranquilidad de la salud, tanto ahora con el crujido de las ramas de enero, como con el suave susurro del viento de julio.

*Cuando el invierno orla las ramas*
*Con sus fantásticas guirnaldas de nieve,*
*Y cubre con un manto de silencio*
*A las tranquilas hojas que ya no desfleca el viento;*

*Cuando el arroyo en su cauce*
*Se abre camino gorgoteando,*
*Y el ratón en su morada*
*Mordisquea el heno de la pradera;*

*Siento, que el verano se acerca,*
*Y acecha allí debajo,*
*Entre los ratones cómodamente acurrucados*
*En sus madrigueras del último año.*

*¿Acaso no es ése, el Chickadee,*
*Que desde su rama vuelve a trinar con suavidad?*

¿Acaso no es ése el verano, que descorre ya
*Su manto de nieve, con que él mismo ha cubierto su piel?*

*Bellos capullos engalanan los árboles*
*De los que cuelgan deslumbrantes frutos;*
*Y como un suspiro estival, el viento del norte,*
*los protege de las blancas heladas.*

*Traedme buenas nuevas,*
*Que soy todo oídos,*
*De esa serena eternidad*
*Que ya no teme al frío.*

*El hielo cruje inquieto*
*Sobre la superficie de la laguna,*
*Y en medio del tumulto ensordecedor*
*Dan los duendes alegres cabriolas.*

*Me apresuro impaciente hacia el valle*
*Como si oyera excelentes noticias*
*Del gran festival que ha de celebrar la naturaleza,*
*Y que de ningún modo, habré de perderme.*

*Retozo con mi vecino el hielo,*
*Y el temblor amable de cada nueva grieta*
*Se abre veloz*
*Sobre el lago jubiloso.*

*Junto con el grillo*
*y las ramas del hogar*
*Resuenan en el sendero del bosque*
*Esporádicos sonidos familiares.*[9]

[9] En esta versión digital, nos hemos tomado la libertad de cambiar el orden de algunos versos. Originalmente, era como *sigue:*

*Cuando el invierno orla las ramas*
*Con su fantástica guirnalda,*
*Y pone el manto de silencio*
*Sobre las hojas de ahí debajo;*

*Cuando el arroyo en su terraza*
*Se abre camino gorgoteando,*
*Y el ratón en su morada*
*Mordisquea el heno de la pradera;*

*Creo que el verano aún está cerca,*
*Y acecha debajo,*
*Donde está el mismo ratón acurrucado*
*En el brezo del año pasado.*

*Y acaso el paro desde la rama*
*Vuelva a trinar con suavidad.*

Antes de que caiga la noche emprenderemos viaje sobre patines por el curso de este río serpenteante, tan lleno de novedades para quien se pasa los días de invierno sentado al amor de la lumbre de la cabaña, como si se marchara a los hielos polares con el capitán Parry o con Franklin. Seguir los meandros de su curso, que ora fluye entre colinas, ora se expande sobre bellas praderas, y forma una miríada de ensenadas y bahías dominadas por pinos y pinabetes. Los ríos fluyen por detrás de los pueblos, y vemos todo desde una perspectiva nueva y más salvaje. Los huertos y jardines llegan hasta él con una franqueza y falta de pretensiones que no tienen cerca de la carretera. Es el exterior y la frontera de la tierra. No hay contrastes violentos que ofendan nuestros ojos. La última cerca de la granja es una rama de sauce que se balancea y conserva aún su frescura, y aquí, al fin, desaparecen todas las cercas y ya no nos cruzamos con ningún camino. Ahora podemos internarnos en la región por el camino más llano y retirado, y, sin subir ninguna colina, ascendemos por amplias superficies planas hasta las praderas de las tierras altas. El fluir de un río es un ejemplo maravilloso de la ley de la obediencia; el sendero para un hombre anhelante, el camino por el que una bellota puede flotar segura con su carga. El rocío y la llovizna homenajean a las pequeñas cascadas ocasionales, cuyos precipicios no cambian el paisaje y atraen al viajero de cualquier parte. Desde su remoto interior, la corriente lo lleva por escalones anchos y fáciles, o por una suave pendiente, hacia el mar. Por lo tanto, como cede rápido y constantemente a las irregularidades del terreno, se asegura el camino más fácil.

---

La nieve es el manto del verano
Con el que él mismo se cubre la piel.

Bellos capullos engalanan los árboles
De los que cuelgan deslumbrantes frutos;
El viento del norte suspira una brisa estival
para protegerlos de la helada penetrante.

Traedme buenas nuevas,
Que yo soy todo oídos,
Para una serena eternidad
Que no teme al frío.

El hielo cruje inquieto
Sobre la superficie de la laguna,
Y los duendes hacen alegres cabriolas
En medio del tumulto ensordecedor.

Me apresuro impaciente hacia el valle,
Como si oyera excelentes noticias
De un gran festival que celebra la naturaleza
Y que no puedo perderme.

Retozo con mi vecino el hielo,
Y el temblor amable de cada nueva grieta
Se abre veloz
Sobre el lago jubiloso.

Junto con el grillo
y las ramas del hogar
Resuenan en el sendero del bosque
Esporádicos sonidos familiares.

Ahora nos acercamos al imperio de los peces; no existe ningún territorio de la naturaleza que esté completamente cerrado para el hombre en todos los momentos. Nuestros pies se deslizan deprisa sobre profundidades insondables, donde en verano nuestro sedal tienta a la mustela de río y al abadejo; y donde el majestuoso lucio acecha por los corredores que forman los juncos. Los pantanos profundos e impenetrables donde vadean las garzas y se agacha el avetoro se hacen permeables a nuestros veloces zapatos, como si se hubieran instalado mil vías férreas. De un impulso llegamos a la cabaña de la rata almizclera, el colono más antiguo, y la vemos huir bajo el hielo transparente, como un pez peludo, hacia su agujero en la orilla. Nos deslizamos rápidamente sobre praderas donde no hace mucho «el segador afiló su guadaña», a través de lechos de arándanos congelados que se mezclan con la hierba. Patinamos cerca de donde el mirlo, el papamoscas norteamericano y el tirano colgaron sus nidos sobre el agua y los avispones se instalaron en el arce del pantano. ¡Cuántos alegres pájaros cantores, siguiendo al sol, han partido de este nido de abedul plateado y papo de cardo! En el borde exterior del pantano está instalada la aldea sobremarina que nadie ha penetrado. En este árbol hueco, el pato silvestre cría a su pollada, y se escabulle cada día a buscar alimento entre los helechos.

En invierno, la naturaleza es un escaparate de curiosidades, lleno de especímenes secos en su posición y orden naturales. Las praderas y los bosques son un hortus siccus. Las hojas y las hierbas están perfectamente rígidas en el aire sin tornillos ni pegamento, y los nidos de los pájaros no están sobre ramas artificiales, sino donde ellos los han construido. Vamos a pie enjuto a inspeccionar el trabajo del verano en el espeso pantano, y vemos lo que han crecido los alisos, los sauces y los arces, testimonio de los soles calientes, los rocíos y lloviznas fertilizantes. Vemos los adelantos que han hecho las ramas en el lujuriante verano... más adelante estas yemas dormidas las ayudarán a elevarse un poco más hacia los cielos.

De vez en cuando vadeamos campos de nieve, bajo cuyas profundidades el río se pierde durante un trecho y reaparece a la derecha o a la izquierda, donde menos se lo espera; aún sigue su curso debajo, con un rumor ligero y estertóreo, como si también hubiera hibernado como el oso y la marmota, y nosotros hubiéramos seguido su débil huella de verano hasta donde se oculta, debajo de la nieve y el hielo. En un primer momento pensamos que los ríos se vacían y secan en pleno invierno, o que se congelan completamente hasta que la primavera los disuelve; pero su volumen ni siquiera ha disminuido, porque sólo un frío superficial se extiende sobre ellos. Miles de manantiales que alimentan los lagos y arroyos siguen fluyendo. Sólo dejan de manar unos pocos manantiales superficiales que se ocupan de llenar los embalses profundos. Los pozos de la naturaleza están debajo del hielo. Los arroyos de verano no se alimentan de nieve derretida, tampoco el segador sacia su sed sólo con esto. Los arroyos están crecidos cuando la nieve se funde en primavera porque el trabajo de la naturaleza se ha demorado; el agua se ha convertido en hielo y nieve, y las partículas son menos parejas y redondas, por lo que no encuentran su nivel tan pronto.

A lo lejos, sobre el hielo, entre el bosque de pinabetes y las colinas cubiertas de nieve, está el pescador de lucios con los sedales en alguna ensenada retirada, como un finlandés, con los brazos metidos en su capote; absorto en pensamientos nebulosos, níveos y escurridizos como peces; él mismo es un pez sin aletas, un poco separado de su cardumen; silencioso y erecto, parece hecho como para estar envuelto en nubes y nieves, como los pinos de la orilla. En estas escenas silvestres, los hombres están inmóviles o se mueven lenta y pesadamente por el paisaje, y han sacrificado la animación y vivacidad de los pueblos por la callada sobriedad de la naturaleza. Su presencia no hace menos salvaje el paisaje que el arrendajo o la rata almizclera, sino que es parte de él, tal como están representados los nativos en los viajes de los primeros navegantes, en Nootka Sound y en la costa noroeste, cubiertos de pieles antes de que un trozo de hierro los tentara a la locuacidad. Pertenece a la familia natural del hombre, y está plantado más hondo y con más raíces en la

naturaleza que los habitantes de las ciudades. Acercaos a él y preguntadle por su suerte, y veréis que él también es un adorador de lo invisible. Escuchad con qué sincera deferencia y tono reverente habla del lucio del lago, al que nunca ha visto, su cardumen de lucios primitivo e ideal. Aún sigue conectado a la orilla, como enganchado a un sedal, y sin embargo recuerda la época en la que pescaba a través del hielo de la laguna, mientras los guisantes crecían en el huerto de su casa.

Mientras vagábamos, las nubes se han vuelto a reunir, y ahora unos copos de nieve dispersos empiezan a descender. Caen cada vez más rápido dejando fuera de la vista los objetos distantes. La nieve cae sobre todos los bosques y campos, sin dejarse ni una grieta: junto al río y la laguna, sobre la montaña y el valle. En este pacífico instante, los cuadrúpedos están recluidos en sus refugios y los pájaros, encaramados a sus ramas. No hay tanto ruido como cuando hace buen tiempo, pero todas las laderas, las paredes grises y las cercas, el hielo lustroso y las hojas que hasta entonces no estaban enterradas, se ocultan silenciosa y gradualmente, y se pierden las huellas de los hombres y los animales. La naturaleza reafirma su papel y borra los rastros del hombre con muy poco esfuerzo. He aquí cómo Homero describió lo mismo: «Los copos caen pesada y rápidamente en un día de invierno. Los vientos están adormecidos y la nieve cae sin cesar cubriendo la cumbre de las montañas, las colinas, las llanuras donde crecen los lotos y los campos cultivados. Cae también en las ensenadas y en la orilla del mar espumoso, pero las olas la derriten en silencio». La nieve empareja todas las cosas y las envuelve más profundamente en el seno de la naturaleza, así como en el lento verano la vegetación trepa por la cornisa del templo y los torreones del castillo, y la ayuda a triunfar sobre el arte.

El áspero viento nocturno sopla por el bosque y nos advierte que volvamos sobre nuestros pasos, mientras el sol se oculta detrás de la tormenta cada vez más negra, y las aves buscan su varal y el ganado, su establo.

> El extenuado buey trabajador
> se detiene cubierto de nieve
> y exige el fruto de su labor.

Aunque el invierno está representado en el almanaque como un anciano frente al viento y el aguanieve arrastrando su capa, preferimos considerarlo un alegre leñador, joven y de sangre caliente, tan entusiasta como el verano. La grandeza inexplorada de la tormenta mantiene al viajero animado. No bromea con nosotros, sino que mantiene una dulce seriedad. En invierno llevamos una vida más interior. Tenemos el corazón tibio y jovial, como una cabaña cubierta de nieve, con las puertas y ventanas semiocultas, pero de cuyas chimeneas surge alegremente el humo. Las tormentas que impiden salir aumentan la sensación de comodidad de nuestra casa, y en los días más fríos estamos contentos de sentarnos junto al hogar y ver el cielo por la chimenea, de disfrutar de la vida tranquila y serena que se puede tener en un rincón caldeado junto al fuego, mientras escuchamos el mugido del ganado allí fuera o el ruido del grano que se muele en algún granero distante durante toda la tarde. Sin duda, un médico talentoso podría determinar nuestro grado de salud observando cómo estos ruidos sencillos y naturales nos afectan. No gozamos de un lujo oriental, sino boreal, alrededor de tibias estufas y fuegos de leña, y miramos la sombra de las motas en los rayos del sol.

A veces nuestro destino se vuelve tan doméstico y familiarmente serio que puede hasta ser cruel, considerando que durante tres meses la suerte de la humanidad está envuelta en pieles. La Revelación Hebrea no tiene en cuenta toda esta jubilosa nieve. ¿No hay religión para las zonas templadas y frías? No conocemos escritura alguna que registre la benignidad pura de los dioses en

una noche de invierno de Nueva Inglaterra. Jamás se han cantado sus alabanzas, sólo se ha menospreciado su turbulencia. La mejor escritura, después de todo, registra tan sólo una fe pobre. Sus santos viven en la reserva y la austeridad. Dejemos que un hombre valiente y devoto pase un año en los bosques de Maine o Labrador, y veamos si el Antiguo Testamento habla adecuadamente a su estado y experiencia desde el comienzo del invierno hasta que se disuelven los hielos.

Ahora comienza la larga noche de invierno alrededor del fogón del granjero, en la que los pensamientos de los moradores viajan muy lejos, y los hombres son, por naturaleza y necesidad, compasivos y generosos con todas las criaturas. Ahora, en la feliz resistencia al frío, el granjero recoge su recompensa, piensa en su preparación para el invierno y ve con ecuanimidad por los cristales brillantes «la mansión del oso del norte», porque ahora la tormenta ha pasado,

*La esfera completa y etérea,*
*descubriendo a la vista infinitos mundos,*
*brilla con vehemente intensidad; y toda la bóveda*
*titila su estrellado resplandor de polo a polo.*

# CAMINAR

Quiero decir unas palabras a favor de la Naturaleza, de la libertad total y el estado salvaje, en contraposición a una libertad y una cultura simplemente civiles; considerar al hombre como habitante o parte constitutiva de la Naturaleza, más que como miembro de la sociedad. Desearía hacer una declaración radical, si se me permite el énfasis, porque ya hay suficientes campeones de la civilización; el clérigo, el consejo escolar y cada uno de vosotros os encargaréis de defenderla.

En el curso de mi vida me he encontrado sólo con una o dos personas que comprendiesen el arte de Caminar, esto es, de andar a pie; que tuvieran el don, por expresarlo así, de sauntering [deambular]: término de hermosa etimología, que proviene de "persona ociosa que vagaba en la Edad Media por el campo y pedía limosna so pretexto de encaminarse à la Sainte Terre", a Tierra Santa; de tanto oírselo, los niños gritaban: "Va a Sainte Terre": de ahí, saunterer, peregrino. Quienes en su caminar nunca se dirigen a Tierra Santa, como aparentan, serán, en efecto, meros holgazanes, simples vagos; pero los que se encaminan allá son saunterers en el buen sentido del término, el que yo le doy.- Hay, sin embargo, quienes suponen que la palabra procede de sans terre, sin tierra u hogar, lo que, en una interpretación positiva querría decir que no tiene un hogar concreto, pero se siente en casa en todas partes por igual. Porque éste es el secreto de un deambular logrado. Quien nunca se mueve de casa puede ser el mayor de los perezosos; pero el saunterer, en el recto sentido, no lo es más que el río serpenteante que busca con diligencia y sin descanso el camino más directo al mar. Sin embargo, yo prefiero la primera etimología, que en realidad es la más probable. Porque cada caminata es una especie de cruzada, que algún Pedro el Ermitaño predica en nuestro interior para que nos pongamos en marcha y reconquistemos de las manos de los infieles esta Tierra Santa.

La verdad es que hoy en día no somos, incluidos los caminantes, sino cruzados de corazón débil que acometen sin perseverancia empresas inacabables. Nuestras expediciones consisten sólo en dar una vuelta, y al atardecer volvemos otra vez al lugar familiar del que salimos, donde tenemos el corazón. La mitad del camino no es otra cosa que desandar lo andado. Tal vez tuviéramos que prolongar el más breve de los paseos, con imperecedero espíritu de aventura, para no volver nunca, dispuestos a que sólo regresasen a nuestros afligidos reinos, como reliquias, nuestros corazones embalsamados. Si te sientes dispuesto a abandonar padre y madre, hermano y hermana, esposa, hijo y amigos, y a no volver a verlos nunca; si has pagado tus deudas, hecho testamento, puesto en orden todos tus asuntos y eres un hombre libre; si es así, estás listo para una caminata.

Para ceñirme a mi propia experiencia, mi compañero y yo –porque a veces llevo un compañero, disfrutamos imaginándonos miembros de una orden nueva, o mejor, antigua: no somos Caballeros, ni jinetes de cualquier tipo, sino Caminantes, una categoría, espero, aún más antigua y honorable. El espíritu caballeresco y heroico que en día correspondió al jinete parece residir ahora –o quizás haber descendido sobre él- en el Caminante; no el Caballero, sino el Caminante Andante. Un a modo de cuarto estado, independiente de la Iglesia, la Nobleza y el Pueblo.

Hemos notado que, por la zona, somos casi los únicos en practicar este noble arte; aunque, a decir verdad, a la mayoría de mis vecinos, al menos si se da crédito a sus afirmaciones, les gustaría mucho pasear de vez en cuando como yo, pero no pueden. Ninguna riqueza es capaz de comprar el necesario tiempo libre, la libertad y la independencia que constituyen el capital en esta profesión. Sólo se consiguen por la gracia de Dios. Llegar a ser caminante requiere un designio directo del Cielo. Tienes que haber nacido en la familia de los Caminantes. Ambulator nascitur, non fit [el caminante nace, no se hace]. Cierto es que algunos de mis conciudadanos pueden recordar, y me las han descrito, ciertas caminatas que dieron diez años atrás y en las que fueron bendecidos hasta el punto de perderse en los

bosques durante media hora; pero sé muy bien que, por más pretensiones que alberguen de pertenecer a esta categoría selecta, desde entonces se han limitado a ir por la carretera. Sin duda durante un momento se sintieron exaltados por la reminiscencia de un estado de existencia previo, en el que incluso ellos fueron habitantes de los bosques y proscritos.

Al llegar al verde bosque,

*Una alegre mañana,*
*Oyó el canto de las aves,*
*Sus noticias felices.*

*Hace mucho, dijo Robin,*
*la última vez que aquí estuve,*
*Aceché para tirar*
*Contra el oscuro ciervo.*

Creo que no podría mantener la salud ni el ánimo sin dedicar al menos cuatro horas diarias, y habitualmente más a deambular por bosques, colinas y praderas, libre por completo de toda atadura mundana. Podéis decirme, sin riesgo: "Te doy un penique por lo que estás pensando"; o un millar de libras. Cuando recuerdo a veces que los artesanos y los comerciantes se quedan en sus establecimientos no sólo la mañana entera, sino también toda la tarde, sin moverse, tantos de ellos, con las piernas cruzadas, como si las piernas se hubieran hecho para sentarse y no para estar de pie o caminar, pienso que son dignos de admiración por no haberse suicidado hace mucho tiempo.

A mí, que no puedo quedarme en mi habitación ni un solo día sin empezar a entumecerme y que cuando alguna vez he robado tiempo para un paseo a última hora –a las cuatro, demasiado tarde para amortizar el día, cuando comienzan ya a confundirse las sombras de la noche con la luz diurna- me he sentido como si hubiese cometido un pecado que debiera expiar, confieso que me asombra la capacidad de resistencia, por no mencionar la insensibilidad moral, de mis vecinos, que se confinan todo el día en sus talleres y sus oficinas, durante semanas y meses, e incluso años y años. No sé de qué pasta están hechos, sentados ahí ahora, a las tres de la tarde, como si fueran las tres de la mañana. Bonaparte puede hablar del valor de las tres de la madrugada, pero eso no es nada comparado con el valor necesario para quedarse sentado alegremente a la misma hora de la tarde, cara a cara con uno mismo, con quien se ha estado tratando toda la mañana, intentando rendir por hambre una guarnición a la que uno está ligado con tan estrechos lazos de simpatía. Me maravilla que hacia esa hora o, digamos, entre las cuatro y las cinco, demasiado tarde para los periódicos de la mañana y demasiado pronto para los vespertinos, no se escuche por toda la calle una explosión general, que esparza a los cuatro vientos una legión de ideas y chifladuras anticuadas y domésticas para renovar el aire… ¡y al diablo con todo!

No sé cómo lo soportan las mujeres, que están aún más recluidas en casa que los hombres; aunque tengo motivos para sospechar que la mayor parte de ellas no lo soporta en absoluto. Cuando, en verano, a primera hora de la tarde, nos sacudimos el polvo de la ciudad de los faldones del traje, pasando raudos ante esas casas de fachada perfectamente dórica o gótica, mi acompañante me susurra que lo más probable es que a esas horas todos sus ocupantes estén acostados. Es entonces cuando aprecio la belleza y la gloria de la arquitectura, que nunca se recoge, sino que permanece siempre erguida, velando a los que dormitan.

Sin duda, el temperamento y, sobre todo, la edad tienen mucho que ver con todo esto. A medida que un hombre envejece, aumenta su capacidad para quedarse quieto y dedicarse a ocupaciones caseras. Se hace más vespertino en sus costumbres conforme se aproxima al atardecer de la vida, hasta que al final

se pone en marcha justo antes de la puesta del sol y pasea cuanto necesita en media hora.

Pero al caminar al que me refiero nada tiene en común con, como suele decirse, hacer ejercicio, al modo en que el enfermo toma su medicina a horas fijas, como el subir y bajar de las pesas o los columpios, sino que es en si mismo la empresa y la aventura del día. Si queréis hacer ejercicio, id en busca de las fuentes del alma. ¡Pensad que un hombre levante pesas para conservar la salud, cuando esas fuentes borbotean en lejanas praderas a las que no se le ocurre acercarse!

Aún más, tienes que andar como un camello, del que se dice es el único animal que rumia mientras marcha. Cuando un viajero pidió a la criada de Wordsworth que le mostrase el estudio de su patrón, ella le contestó: <<Esta es su biblioteca, pero su estudio está al aire libre. >>

Vivir mucho al aire libre, al sol y al viento, produce, sin duda, cierta dureza de carácter, desarrolla una gruesa callosidad sobre las cualidades más delicadas de nuestra naturaleza, igual que curte el rostro y las manos, y como el trabajo manual duro priva a éstas de algo de su sensibilidad táctil, Pero, en cambio, quedarse en casa puede producir en la piel suavidad y finura, por no decir debilidad, acompañadas de una sensibilidad mayor ante ciertas impresiones. Quizá fuéramos más sensibles a algunas influencias importantes para nuestro crecimiento intelectual y moral si sobre nosotros brillase un poco menos el sol y soplase algo menos el viento; y no hay duda de que constituye un bonito asunto determinar la proporción correcta entre piel gruesa y piel fina. Pero me parece que se trata de una costra que caerá rápidamente, que la solución natural ha de hallarse en la proporción de día que puede aguantar la noche; de verano, el invierno; de experiencia, el pensamiento. Habrá mucho más aire y más sol en nuestras mentes. Las palmas duras del trabajador están versadas en más finos tejidos de dignidad y heroísmo, cuyo tacto conmueve el corazón, que los dedos lánguidos de ociosidad. Que sólo la sensiblería se pasa el día en la cama y se cree blanca, lejos del bronceado y los callos de la experiencia.

Cuando caminamos, nos dirigimos naturalmente hacia los campos y los bosques: ¿qué sería de nosotros si sólo paseásemos por un jardín o por una avenida? Algunas sectas filosóficas han sentido incluso la necesidad de acercar hasta sí los bosques, ya que no iban a ellos. <<Plantaron arboledas y avenidas de arces>>, donde daban subdiales ambulationes (paseos al aire libre) por atrios descubiertos. De nada sirve, por descontado, dirigir nuestros pasos hacia los bosques, si no nos llevan allá. Me alarmo cuando ocurre que he caminado físicamente una milla hacia los bosques sin estar yendo hacía ellos en espíritu. En el paseo de la tarde me gustaría olvidar todas mis tareas matutinas y mis obligaciones con la sociedad. Pero a veces no puedo sacudirme fácilmente el pueblo. Me viene a la cabeza el recuerdo de alguna ocupación, y ya no estoy donde mi cuerpo, sino fuera de mí. Querría retornar a mí mismo en mis paseos. ¿Qué pinto en los bosques si estoy pensando en otras cosas? Sospecho de mí mismo, y no puedo evitar un estremecimiento, cuando me sorprendo tan enredado, incluso en lo que llamamos buenas obras…. que también sucede a veces.

Mi región ofrece gran número de paseos espléndidos; y aunque durante muchos años he caminado prácticamente cada día, y a veces durante varios días, aún no los he agotado. Un panorama completamente nuevo me hace muy feliz, y sigo encontrando una cada tarde. Dos o tres horas de camino me llevan a una zona tan desconocida como siempre espero. Una granja solitaria que no haya visto antes resulta a veces tan magnífica como los dominios del rey de Dahomey. La verdad es que puede percibirse una especie de armonía entre las posibilidades del paisaje en un círculo de diez millas a la redonda -los límites de una caminata vespertina- y la totalidad de la vida humana. Nunca acabas de conocerlos por completo.

En la actualidad casi todas las llamadas mejoras del hombre, como la construcción de casas y la tala

de los bosques y de todos los árboles de gran tamaño, no hacen sino deformar el paisaje y volverlo cada vez más doméstico y vulgar. ¡Un pueblo que comenzase por quemar las cercas y dejar en pie el bosque…! He visto los cercados medio consumidos, perdidos sus restos en medio de la pradera, y un miserable profano ocupándose en sus lindes con un topógrafo, mientras la gloria se manifestaba en su derredor y él no veía los ángeles yendo y viniendo, sino que se dedicaba a buscar el viejo hoyo de un poste en medio del paraíso. Volví a mirar, y lo vi en pie en medio de un tenebroso pantano, rodeado de diablos; y no hay duda de que había encontrado la linde, tres piedrecillas allí donde había estado hincada una estaca; y mirando más cerca, vi que el Príncipe de las Tinieblas era el agrimensor.

Saliendo de mi propia puerta, puedo caminar con facilidad diez, quince, veinte, cuantas millas sean sin pasar cerca de casa alguna, sin cruzar un camino, excepto los que trazan el zorro y el visón; primero, a lo largo del río, luego, del arroyo, y después, por la pradera y el lindero del bosque. Hay en los alrededores muchas millas cuadradas sin habitantes. Desde más de un otero puedo ver a lo lejos la civilización y las viviendas humanas. Los granjeros y sus labores resultan apenas más perceptibles que las marmotas y sus madrigueras. Me complace ver cuán pequeño espacio ocupan en el paisaje el hombre y sus asuntos, la iglesia, el estado y la escuela, los oficios y el comercio, las industrias y la agricultura; incluso el más alarmante de todos, la política. La política no es más un estrecho campo, al que conduce un camino aún más estrecho. A veces encamino allí al viajero. Si quieres ir al mundo de la política, sigue la carretera sigue a ese mercader, trágate el polvo que levanta, y te conducirá derecho allí; porque también ese mundo es limitado, no lo ocupa todo. Yo paso ante él como ante un campo de judías en el bosque, y lo olvido. En media hora pudo llegara alguna porción de la superficie terrestre que no haya pisado pie humano durante un año y donde, por lo tanto, no hay política, que es sólo como el humo del cigarro de un hombre.

El pueblo, la villa, es el lugar al que se dirigen las carreteras, una especie de expansión del camino, como un lago respecto de un río. Es el cuerpo del que las carreteras son los brazos y piernas: un sitio trivial o quadrivial, lugar de paso y fonda barata para los viajeros. La palabra proviene del latín villa, que Varrón hace proceder, junto vía, camino, de veho, transportar, porque la villa es el lugar al que (y desde el que) se transportan cosas. Para los que se ganaban la vida como arrieros se utilizaba la expresión vellaturam facere (transportar mercancías por dinero). La misma procedencia tienen el término latín vilis y nuestro vil; y también <<villano>>. Lo que sugiere el tipo de degeneración con que se relacionaba a los pueblerinos, exhaustos, aun sin viajar, por el tráfico que discurría a través y por encima de ellos.

Hay quien no camina nada; otros, lo hacen por carretera; unos pocos, atraviesan fincas. Las carreteras se han hecho para los caballos y los hombres de negocios. Yo viajo por ellas relativamente poco, porque no tengo prisa en llegar a ninguna venta, tienda, cuadra de alquiler o almacén al que lleven. Soy buen caballo de viaje, pero no por carretera. El paisajista, para indicar una carretera, usa figuras humanas. La mía no podría utilizarla. Yo me adentro en la Naturaleza, como lo hicieron los profetas y los poetas antiguos, Manu, Moisés, Homero, Chaucer. Podéis llamar a esto América, pero no es América; no la descubrió Américo Vespucio, ni Colón, ni ninguno de los otros. Hay más verdad sobre lo que yo he visto en la mitología que en ninguna de las denominadas historias de América.

Sin embargo, existen unos pocos caminos antiguos por los que se puede andar con provecho, como si condujesen a alguna parte -ahora que se encuentran prácticamente cortados-. Como la Antigua Carretera de Marlborough. Hablar aquí de ella es mucho atrevimiento, porque supongo que hay una o dos así en cada lugar.

*LA ANTIGUA CARRETERA DE MARLBOROUGH*
*Donde una vez cavaron en busca de riquezas*

*Mas nunca hallaron nada,*
*Donde marciales huestes desfilaron un día*
*-También Elijah Wood-,*
*Temo que inútilmente.*
*No queda nadie excepto*
*Perdices y conejos,*
*Excepto Elisha Dugan,*
*El de hábitos salvajes,*
*Que desdeña la prisa,*
*Sólo atiende a sus trampas*
*Y vive en soledad,*
*Pegado a lo que importa,*
*Donde es dulce la vida*
*Y buena la comida.*
*Cuando la primavera*
*Me remueve la sangre*
*Con instintos viajeros,*
*Bastante grava tiene*
*La Antigua Carretera*
*Que a Marlborough llevó.*
*No la repara nadie,*
*Para nadie discurre,*
*Es un camino vivo,*
*Que dicen los cristiano.*
*No hay muchos que lo tomen*
*Sólo los invitados*
*De Quin el irlandés.*
*Otra cosa no es*
*Sino por donde irse,*
*La posibilidad*
*De llegar a algún sitio.*
*Grandes mojones pétreos,*
*Pero ningún viajero,*
*Cenotafios de pueblos*
*Con su nombre tallado.*
*Averiguar quisieras*
*Cuál podría ser el tuyo.*
*¿Qué rey se levantó*
*-Aún me estoy preguntando-,*
*Cómo y dónde se irguió*
*Y por qué concejales,*
*Gourgas, lee, Clark o Darby?*
*Para ser algo eterno*
*Se esforzaron sin tasa*
*Pétreas, borradas lápidas,*
*Donde un viajero puede*
*Quejarse y en palabras*
*Grabar lo que ha aprendido*
*Para que otro lo lea*
*Si está necesitado*

*Yo sé de una o dos líneas*
*Que quisiera escribir.*
*Literatura apta*
*Para perpetuarse*
*A través de estas tierras;*
*Y poder recordar*
*El próximo diciembre,*
*Y luego, en primavera,*
*Tras el deshielo, leer.*
*Sí, con la fantasía*
*Al viento, te despides,*
*Puedes dar la vuelta al mundo*
*Por la Antigua Carretera*
*Que una vez llevó hasta Marlborough.*

En la actualidad, la mayor parte de la tierra en esta región no es de propiedad privada; el paisaje no pertenece a nadie y el caminante goza de relativa libertad. Pero puede que llegue el día en que la compartimenten en lo que llaman fincas de recreo, donde sólo una minoría obtendrá un disfrute restringido y exclusivo cuando se hayan multiplicado las cercas, los cepos y otros ingenios inventados para mantener a los hombres en la carretera pública, y caminar por la superficie de la tierra de Dios se considere un intento de allanar las tierras de unos pocos caballeros. Disfrutar de algo en exclusiva implica por lo general excluirte de su auténtico disfrute. Aprovechemos nuestras oportunidades antes de que llegue el día aciago.

¿Por qué resulta a veces tan arduo decidir hacia dónde caminar? Creo que existe en la Naturaleza un sutil magnetismo y que, si cedemos inconscientemente a él, nos dirigirá correctamente. No da igual qué senda tomemos. Hay un camino adecuado, pero somos muy propensos, por descuido y estupidez, a elegir el erróneo. Nos gustaría tomar ese buen camino, que nunca hemos emprendido en este mundo real y que es símbolo perfecto de que desearíamos recorrer en el mundo ideal e interior; y si a veces hallamos difícil elegir su dirección, es -con toda seguridad- porque aún no tiene existencia clara en nuestra mente.

Cuando salgo de casa a caminar sin saber todavía a dónde dirigir mis pasos y sometiéndome a lo que el destino decida en mi nombre, me encuentro por raro y extravagante que pueda parecer, con que, final e inevitablemente, me encamino al sudoeste, hacia un bosque, un prado, un pastizal abandonado o una colina que haya en esa dirección. Mi aguja es lenta en fijarse: oscila unos pocos grados, no siempre señala directamente al sudoeste, es cierto, y tiene criterio propio respecto a esta variación, pero siempre se estabiliza entre el oeste y el sudoeste. El futuro me tiende ese camino, y la tierra parece, por ese lado, más inagotada y generosa. El esquema que perfilarían mis caminatas no sería un círculo, sino una parábola o, mejor, como una de esas órbitas cometarias que se consideran curvas de no retorno, abriéndose en este caso hacia el oeste y en la que mi casa ocuparía el lugar del sol. A veces doy vueltas de un lado para otro, incapaz de decidirme, durante un cuarto de hora, hasta que resuelvo, por milésima vez, caminar hacia el suroeste o el oeste. En dirección a levante sólo voy a la fuerza; pero hacia el oeste camino libremente. Ningún asunto me lleva allí. Me resulta difícil creer que pueda encontrar paisajes bellos o suficiente naturaleza salvaje y libertada tras el horizonte orienta. No me emociona la perspectiva de dirigirme hacia él; en cambio, me parece que el bosque que veo en el occidental se extiende sin interrupción hacia el sol poniente y que no alberga ciudades lo bastante grandes como para molestarme. Dejadme vivir donde quiera; aquí está la ciudad, allá la naturaleza; cada vez abandono más la primera para retirarme al estado salvaje. No haría tanto hincapié en ello si no creyese que algo similar constituye la tendencia predominante entre mis compatriotas. Debo

caminar hacia Oregón, no hacia Europa. El país está moviéndose en la misma dirección; no cabría decir que la humanidad progresa de este a oeste. En unos pocos años hemos asistido, en la colonización de Australia, al fenómeno de una emigración hacia el sudeste; pero esto nos parece un movimiento retrógrado y, a juzgar por el carácter moral y físico de la primera generación de australianos, el experimento todavía no ha tenido éxito. Los tártaros orientales piensas que al oeste del Tíbet no hay nada. <<El mundo acaba allí>>, dicen; <<más allá solo hay un mar sin orillas>>. Habitan un oriente sin remedio.

Nosotros vamos al este a comprender la historia y a estudiar las obras del arte y de la literatura, rehaciendo los pasos de la raza; al oeste, nos dirigimos como hacia el futuro, con espíritu de iniciativa y aventura. El Atlántico es el río Leteo, al atravesar el cual hemos tenido la oportunidad de olvidar el Viejo Mundo y sus instituciones. Si esta vez no tenemos éxito, quizá haya a la izquierda otra posibilidad para la raza, antes de llegar a las orillas de la Estigio: en el Leteo del Pacífico, que es tres veces más ancho.

Ignoro si resulta muy significativo o hasta qué punto constituye una prueba de singularidad que un individuo coincida en sus paseos más insignificantes con el movimiento general de la raza, pero sé que algo semejante al instinto migratorio de aves y cuadrúpedos -que, como se sabe, en ciertos casos ha afectado a la familia de las ardillas, empujándolas a un desplazamiento generalizado y misterioso, durante el que se las ha visto, dicen cruzar los ríos más anchos, cada una en su rama, con la cola desplegada como una vela, y tender puentes sobre los arroyos más estrechos con los cadáveres de sus compañeras-; que algo así como el furor que ataca al ganado doméstico en primavera, y que se atribuye a un gusano que tienen en el rabo, afecta tanto a las naciones como a los individuos, de forma permanente o de cuando en cuando. No es que grazne sobre nuestra ciudad una bandada de gansos salvajes, pero hasta cierto punto trastorna el valor actual de los bienes inmuebles; y, si yo fuera agente de la propiedad, probablemente tomara en cuenta semejante perturbación.

Cuando muchos más parten en peregrinación
Y viajan buscando costas desconocidas.

Cada anochecer al que asisto me inspira el deseo de marchar hacia un oeste tan lejano y hermoso como aquel en el que el sol se pone. Parece que el sol emigre cada día hacia occidente y nos invite a seguirlo. Es el Gran Pionero en camino al Oeste al que siguen las naciones. Soñamos toda la noche con aquellas cadenas montañosas del horizonte -aunque deben de ser sólo vapor-, las últimas que doraron sus rayos. Parece que la Atlántida y las islas y jardines de las Hespérides, algo así como un paraíso terrenal, fueron el Gran Oeste de los antiguos, envuelto en misterio y poesía. ¿Quién no ha visto en su imaginación, al contemplar el cielo del ocaso, los jardines de las Hespérides y el fundamento de todas aquellas fábulas?

Colón sintió la querencia del oeste con más fuerza que Nadie antes que él. La obedeció y halló el Nuevo Mundo para Castilla y León. El rebaño humano olió desde lejos verdes pastos, en aquellos días.

Y el sol se acostó ya detrás de las colinas,
Y se hundió en la bahía occidental;
Y se elevó otra vez, y arrastró su azul manto;
Mañana, a verdes bosques y pastizales nuevos.

¿En que lugar del mundo puede encontrarse una zona de extensión igual a la que ocupa el conjunto de nuestros estados, tan fértil, tan rica y variada en sus productos y al mismo tiempo tan habitable para los europeos?.

Michaux, que la conocía en parte, dice que <<las especies de árboles de gran tamaño son mucho más numerosas en Norteamérica que en Europa; en los Estados Unidos hay más de ciento cuarenta especies que sobrepasan los treinta pies de altura; en Francia no hay mas que treinta que alcancen ese tamaño>>. Botánicos posteriores confirman sobradamente sus observaciones. Humboldt vino a América a verificar sus sueños juveniles sobre la vegetación tropical y la contempló en su mayor perfección en los bosques primitivos del Amazonas, la más gigantesca zona selvática de la Tierra, que tan elocuentemente describió. El geógrafo Guyot, que era europeo, fue más lejos, más de lo que estoy dispuesto a seguirle, aunque no cuando dice. <<Así como la planta se hizo para el animal y el mundo vegetal para la fauna, América fue creada para el hombre del Viejo Mundo… El hombre del Viejo Mundo sigue su camino. Dejando las tierras altas de Asia, desciende, de etapa en etapa, hacia Europa. Cada uno de sus pasos viene señalado por una nueva civilización, superior a la precedente, por una mayor capacidad de desarrollo. Llegado al Atlántico, hace una pausa en la orilla de ese océano desconocido, cuyos límites ignora, y vuelve sobre sus pasos durante un momento>>. Cuando ha agotado el rico suelo europeo y se ha revigorizado, <<reemprende su atrevida carrera hacia el oeste, como en las épocas anteriores>>. Hasta aquí, Guyot.

De esta toma de contacto del impulso hacia occidente con la barrera del Atlántico brotan el comercio y la iniciativa de los tiempos modernos. El joven Michaux, en su Viajes al oeste de los Alleghanies en 1802, dice que la pregunta común entre los recién asentados en el Oeste era: <<¿De qué parte del mundo vienes?>> Como si esas vastas y fértiles regiones fuesen por naturaleza el lugar de encuentro y la patria común de todos los habitantes del planeta>>.

Para utilizar una obsoleta expresión latina, podría decir: Ex Oriente lux; ex Occidente FRUX. De Oriente, la luz; de Occidente, el fruto.

Sir Francis Head, viajero inglés y gobernador general de Canadá, nos dice que <<en ambos hemisferios americanos, el septentrional y el meridional, la Naturaleza no se ha limitado a diseñar sus obras a mayor escala, sino que ha pintado todo el cuadro con colores más intensos y suntuosos que los utilizados para bosquejar el Viejo Mundo… Los cielos de América parecen infinitamente más altos, más azules; el aire, más puro; el frío, más intenso; la luna, más grande; las estrellas, más brillantes; el trueno, más sonoro; el relámpago, más vivaz; el viento, más potente; la lluvia, más fuerte; las montañas, mas elevadas; los ríos, más largos; los bosques, mayores; las llanuras, más extensas>>. Esta declaración servirá por lo menos para enfrentarla a la relación de Buffon acerca de esta parte del mundo y sus producciones.

Linneo dijo, hace mucho: <<Nescio quae facies laeta, glabra plantis americanis: Hay un no se que de alegre y suave en el aspecto de las plantas americanas>>; y me parece que en esta tierra no existen africanae bestiae, animales africanos, como los llamaban los romanos, o a lo sumo hay muy pocos, y que también a este respecto resulta particularmente apta para la habitación humana. Nos han contado que, cada año, en tres millas a la redonda del centro de Singapur, una ciudad de las Indios Orientales, los tigres matan a alguno de sus habitantes; en cambio, en casi cualquier lugar de Norteamérica puede el viajero acostarse por la noche en los bosques sin temor a los animales salvajes.

Son éstos testimonios alentadores. Si la luna parece mayor aquí que en Europa, probablemente suceda lo mismo con el sol. Si los cielos de América parecen infinitamente más altos, y las estrellas más brillantes, confío en que simbolicen la elevación a la que la filosofía, la poesía y la religión de sus moradores pueden algún día remontarse. Quizá el cielo inmaterial llegue por fin a parecerle a la mentalidad americana mucho más elevado, y las insinuaciones que lo constelan mucho más rutilantes. Porque creo que el clima tiene ese efecto sobre el hombre, del mismo modo que hay algo en el aire de las montañas que alimenta el espíritu e inspira. Con tales influencias, ¿no alcanzará el hombre mayor perfección tanto física como intelectual? ¿O acaso no importa cuántos días brumosos haya en su vida? Espero que seamos más imaginativos, que nuestros pensamientos sean más claros, más frescos y mas

etéreos, como nuestro cielo; nuestros conocimientos más amplios, como nuestras praderas; nuestro intelecto, en términos generales, de una escala mayor, como nuestros truenos, nuestros relámpagos, nuestros ríos, montañas y bosques; e incluso que nuestros corazones se correspondan en amplitud, profundidad y grandeza con nuestros mares interiores. Tal vez el viajero llegue a percibir en nuestros mismos rostros algo, un no se qué de laeta y glabra, de gozoso y sereno. ¿Con qué otro objeto se mueve el mundo y por qué se descubrió América? A los americanos huelga casi decirles:

La estrella del imperio sigue su camino hacia el oeste.

Como auténtico patriota, me avergonzaría pensar que Adán, en el Paraíso, tuviese una situación más favorable en términos generales que un rústico en este país.

En Massachusetts, nuestras simpatías no se limitan a Nueva Inglaterra; aunque podamos estar distanciados del Sur, simpatizamos con el Oeste. Ahí está el hogar de nuestros hijos más jóvenes; como entre los escandinavos, se hicieron a la mar en busca de su herencia. Es demasiado tarde para estar estudiando hebreo; es más importante entender incluso la jerga de hoy en día.

Hace algunos meses, acudí a ver un panorama del Rhin. Era como un sueño medieval. Me deslicé flotando, con algo más que con la imaginación, por su histórica corriente bajo puentes construidos por los romanos y reparados por héroes posteriores; ante ciudades y castillos cuyos mismos nombres eran música a mis oídos, y cada uno de ellos, el tema de una leyenda. Allí estaban Ehrenbreitstein, y Rolandseck y Coblenza, que sólo conocía por la historia. Me interesaron sobre todo las ruinas. Una música callada, como de cruzados partiendo a Tierra Santa, parecía elevarse de las aguas y de las colinas y los valles revestidos de viñedos. Flotaba, hechizado por un ensalmo, como si me hubieran transportado a una edad heroica y respirase la atmósfera caballeresca.

Poco después, fui a ver un panorama del Mississippi y, mientras remontaba trabajosamente el río a la luz de hoy en día, veía los vapores que cargaban madera, contaba las ciudades que surgían, miraba las recientes ruinas de Nauvoo y a los indios desplazándose hacia el oeste a través de la corriente; y al contemplar ahora el Ohio y el Missouri, como antes el Mosela, y al escuchar las leyendas de Dubuque y del acantilado de Winona -pensando más en el futuro que en el pasado o el presente- advertí que aquella era la misma corriente que la del Rin, pero de un tipo distinto: que aún faltaban por poner los cimientos de los castillos y por tender puentes famosos sobre el río; y sentí que ésta es la auténtica edad heroica, aunque no la reconozcamos, porque el héroe es normalmente el más sencillo y oscuro de los hombres.

El Oeste del que hablo no es sino otro nombre de lo salvaje; y a lo que quería llegar es a que la Naturaleza salvaje es lo que preserva el mundo. En busca de ella extienden los árboles sus fibras. Las ciudades la importan a cualquier precio. Los hombres aran y navegan por su causa. Desde el bosque y los territorios incultos llegan los tónicos y las cortezas que vigorizan a la humanidad. Nuestros antepasados eran salvajes. La historia de Rómulo y Remo amamantados por una loba no es una fábula sin sentido. Los fundadores de todos los estados que se han elevado hasta la eminencia extrajeron su alimento y su vigor de parecidas fuentes salvajes. Porque los hijos del Imperio no fueron amamantaos por la loba, acabaron conquistados y desplazados por los hijos de los bosques septentrionales, que sí lo habían sido.

Soy partidario del bosque y de la pradera y de la noche, cundo crece el maíz. Necesitamos una infusión del abeto del Canadá o arbor vitae [árbol de la vida] en nuestro té. Hay una diferencia entre comer y beber para fortalecerse y hacerlo por mera glotonería.

Los hotentotes devoran con avidez el tuétano crudo del kudú y otros antílopes como cosa normal. Algunos de nuestros indios del norte se comen crudo el del reno ártico, así como otras partes, entre ellas las puntas de las cuernas, con tal de que estén tiernas. Y en este punto, quizá se hayan anticipado a los cocineros de París. Toman lo que habitualmente sirve para alimentar el fuego. Probablemente sea mejor para sacar adelante aun hombre que la carne de vaca estabulada y la de cerdo del matadero. Dadme una tierra inculta, cuya visión no pueda soportar civilización alguna… como si viviéramos de devorar crudo el tuétano de los kudús.

Hay ciertos claros, que ribetea el trino del zorzal, a los que yo emigraría: tierras salvajes donde ningún colono se ha asentado; para las cuales creo, ya estoy aclimatado.

El cazador africano. Cummings nos cuenta que la piel del eland, igual que la de la mayoría de los antílopes recién muertos, emite el más delicioso aroma a árboles y hierba. Desearía que todos los hombres fueran como antílopes salvaje, tan integrados en la Naturaleza que su propio cuerpo advirtiese de su presencia a nuestros sentidos de modo tan encantador y nos evocase aquellas zonas de la Naturaleza que más frecuentara. Ni se me ocurre ironizar cuando el chaquetón del trampero huele a rata almizclada; me resulta un olor más dulce que el que habitualmente exhalan las prendas de los comerciantes o las de los eruditos. Cuando entro en sus guardarropas y toco sus trajes, no me evocan las herbosas llanuras y las praderas floridas que han conocido, sino el polvo de las transacciones mercantiles y las bibliotecas.

Una piel bronceada es muy respetable, y quizás el aceitunado sea un color más adecuado que el blanco para un hombre… un habitante de los bosques. <<¡El pálido hombre blanco!>> No me extraña que el africano sintiese compasión por él. Dice Darwin, el naturalista: <<Un hombre blanco bañándose al lado de un tahitiano era como una planta descolorida por el arte del jardinero, comparada con otra sana, verde oscuro, que creciera vigorosa en los campos abiertos.

Ben Jonson exclama:

¡Cuán próximo a los bueno está lo bello!

De la misma manera, yo diría:

¡Cuán cercano a lo bueno es lo salvaje!

La vida está en armonía con lo salvaje. Lo más vivo es lo más salvaje. Aún no sometido al hombre, su presencia lo reconforta. Alguien que avanzara incesantemente, sin descansar nunca de sus tareas, que creciese deprisa y plantease infinitas exigencias a la vida, siempre se encontraría en un nuevo país o en un nuevo despoblado, rodeado de las materias primas de la vida. Treparía sobre los abatidos troncos de los árboles del bosque primitivo.

No hallo esperanza ni futuro para mí en los céspedes y los campos cultivados, ni en pueblos y ciudades, sino en los marjales impenetrables y movedizos. Cuando, antaño, analizaba mi predilección por alguna granja que había pensado comprar, descubría con frecuencia que lo único que me atraía era una pequeña extensión de unos pocos pértigas cuadradas de pantano impenetrable e insondable: un sumidero natural en un rincón. Era la joya que me deslumbraba. Obtengo más sustento de las marismas que rodean mi pueblo natal que de los jardines cultivados en su interior. No hay arriates más espléndidos a mis ojos que los densos macizos de andrómeda enana (Cassandra calyculata) que cubren esas zonas tiernas de la superficie de la tierra. La botánica no puede ir más allá de decirme los nombres de los arbustos que en ellas crecen: arándano, andrómeda paniculada, andrómeda marina, azalea y

rododendro, erguidos en la trémula turba. A menudo pienso que me gustaría tener mi casa frente a esa masa de arbustos de un rojo apagado, sin otro macizo ni arriate de flores, sin el abeto trasplantado ni el elegante boj, incluso sin paseos de grava. (Poseer esta fértil parcela requeriría traer de fuera no pocas carretilla de tierra sólo para cubrir la arena que se extraería la excavar el sótano) ¿Por qué no situar mi casa, mi sala de estar, detrás de este terreno, en lugar de tras esa exigua colección de curiosidades, ese pobre intento de Naturaleza y Arte al que llamo patio delantero? Cuesta mucho limpiar y adecentar cuando se van el albañil y el carpintero, aunque si se hace es tanto por el transeúnte como por el morador de la casa. Y ni siquiera el vallado de mejor gusto me ha parecido nunca un objeto de estudio agradable; los adornos más elaborados, los remates en bellota, o en lo que sea, me cansan y me repugnan enseguida. Adelantad, pues, vuestros alféizares hasta el límite mismo del marjal (aunque no sea lo mejor para mantener seco el sótano), y así los vecinos no podrían acceder por ese lado. Los patios delanteros no se han hecho para pasear, sino, en todo caso, para cruzarlos; podéis entrar por la parte posterior.

Sí. Aunque me consideréis un pervertido, si alguien me diese a elegir entre vivir en las proximidades del más bello jardín que ha conseguido el arte de los hombres o cerca de una lóbrega marisma, optaría sin duda por la marisma. ¡Cuán vamos, pues, en lo que a mí respecta, han sido todos vuestros trabajos, ciudadanos!

Mi ánimo se eleva en proporción exacta con la monotonía exterior. ¡Dadme el océano, el desierto o las tierras incultas! La soledad y el aire puro compensan en el desierto la falta de humedad y fertilidad. El viajero Burton, dice de él: <<Tu moral mejora, te vuelves franco y cordial, hospitalario y resuelto… En el desierto, los licores espirituosos sólo provocan asco. Hay un mero placer en la mera existencia animal>>. Los que han pasado mucho tiempo viajando por las estepas de la Tartaria dicen: <<Al volver a tierras cultivadas, nos agobiaba y nos sofocaba la agitación, el aturdimiento y el tumulto de la civilización; el aire nos parecía insuficiente y nos sentíamos a cada momento a punto de morir de asfixia>>. Cuando quiero esparcimiento, busco el bosque más oscuro, la más densa, interminable y -para el ciudadano- triste marisma. Entro en un marjal como en un lugar sagrado, un sanctasanctórum. Ahí está la fuerza, el ápice de la Naturaleza. El bosque silvestre cubre el suelo virgen y la misma tierra es buena para hombres y para árboles. La salud de un hombre requiere tantos acres de prado a la vista como cargas de estiércol una granja. Una ciudad se salva tanto por sus hombres dignos como por los bosques y los pantanos que la rodean. Un municipio con un bosque primitivo meciéndose a un lado, y otro pudriéndose al lado contrario está en condiciones de producir no sólo maíz y patatas, sino también poetas y filósofos para las épocas venideras. En tierras así crecieron Homero, Confucio y los demás, y de una zona inculta semejante llegó el Reformador que se alimentaba de langostas y miel silvestre.

La conservación de la fauna salvaje exige, por lo general, la creación de un bosque en el que pueda vivir o que frecuente. Lo mismo sucede con el hombre. Hace cien años se vendía en nuestras calles la corteza arrancada en los bosques. En el aspecto mismo de esos árboles primitivos y robustos había, creo, un principio curtidor que endurecía y consolidaba la fibra de los pensamientos humanos. ¡Ay! Me estremece el presente de mi pueblo natal, degenerado en comparación, en el que hoy no se puede conseguir una carga de corteza de buen grosor, ni producimos ya brea ni aguarrás.

Las naciones civilizadas -Grecia, Roma, Inglaterra- han sido sustentadas por los bosques primitivos, que antiguamente se pudrían donde se levantaban. Sobreviven mientras no se agote la tierra. ¡Ay, el cultivo humano! Poco se puede esperar de una nación cuando agota el suelo vegetal y se ve obligada a hacer abono con los huesos de sus padres. Entonces, el poeta sólo se mantiene de sus grasas sobrantes y el filósofo se queda en los huesos.

Dicen que la labor del americano es <<trabajar la tierra virgen>> y que <<aquí, la agricultura alcanza

ya proporciones desconocidas en ningún otro lugar>>. Pienso que el granjero desplaza al indio precisamente porque protege la pradera y se hace así más fuerte, y en algunos aspectos, más natural. El otro día, estuve midiendo para un hombre una sencilla línea recta de 132 pérticas, a través de un marjal en cuya entrada podrían haberse escrito las palabras que Dante leyó sobre la de las regiones infernales: <<Abandonad toda esperanza los que entráis>> (de volver a salir alguna vez, se entiende); allí, en su propiedad , vi en una ocasión a mi patrón, aunque todavía era invierno, hundido literalmente hasta el cuello y nadando para salvar la vida. Tenía otra marisma similar que era imposible medir, porque estaba completamente sumergida; y, a pesar de todo, fiel a sus instintos, me comentó respecto a un tercer marjal que sí medí, desde lejos, que por nada del mundo se desharía de él, a causa del cieno que contenía. Y pretende hacer en su derredor una zanja, en lo que invertirá cuarenta meses, y salvarlo de esta forma con la magia de su pala. Me refiero a él sólo como ejemplo de un tipo de hombre.

Las armas con las que hemos ganado nuestras más importantes victorias, y que deberían legarse de padre a hijo como reliquias familiares, no son la espada y la lanza, sino la guadaña, el cortador de turba, la pala y la azada para cieno, herrumbrados con la sangre de muchos prados y ennegrecidos por el polvo de muchos campos de dura batalla. Los propios vientos llevaron el maizal a la pradera e indicaron un camino que el indio no tuvo habilidad para seguir. Carecía de mejor herramienta con que aferrarse a la tierra que una concha de almeja. Pero el granjero está armado de arado y pala.

En literatura, sólo lo salvaje nos atrae. El aburrimiento no es sino otro nombre de la domesticación. Lo que nos deleita de Hamlet y La Iliada, de todas las Escrituras y las mitologías, es la visión del mundo incivilizada, libre y natural, que no se aprende en las escuelas. Así como el ganso silvestre es más rápido y más bello que el doméstico, también lo es el pensamiento salvaje, pato real que vuela sobre los pantanos mientras cae el rocío. Un libro verdaderamente bueno es algo tan natural y tan inesperada e inexplicablemente bello y perfecto como una flor silvestre descubierta en las praderas del Oeste o en las junglas orientales. El genio es una luz que hace visible la oscuridad, como el resplandor del relámpago, que tal vez haga añicos el templo mismo de la sabiduría, no de una vela encendida en el hogar de la raza que empalidece ante la luz del día ordinario.

La literatura inglesa, desde los tiempos de los juglares hasta los poetas de la región de los Lagos -entre ellos, Chaucer, Spenser, milton, e incluso Shakespeare-, crece prácticamente, en este sentido, de aliento fresco y salvaje. Es, esencialmente, una literatura domesticada y civilizada, reflejo de Grecia y Roma. Sus parajes desérticos son un bosque lozano; su salvaje, un Robin Hood. Abunda en amor cordial por la Naturaleza, pero falta Naturaleza propiamente dicha. Sus crónicas nos informan sobre cuándo se extinguieron los animales salvajes, pero no de cuándo se extinguieron los hombres salvajes que la habitaban.

La ciencia de Humboldt es una cosa, la poesía otra. El poeta de hoy en día, pese a todos los descubrimientos científicos y la sabiduría acumulada por la humanidad, no disfruta de ventaja alguna sobre Homero.

¿Dónde está la literatura que dé expresión a la Naturaleza? Tendría que haber un poeta que pudiera someter los vientos y los ríos a su servicio, para que hablasen por él, que clavara las palabras a sus significados primitivos, como clavan los granjeros en primavera las estacas que los hielos afloraron; que rastreara el origen de los términos tan a menudo como los utilizase, que los trasplantase a sus páginas con la tierra adherida a las raíces; cuyas palabras fueran tan auténticas, frescas y naturales que parecieran desarrollarse como los brotes cuando se acerca la primavera, aunque quedaran medio asfixiadas entre dos hojas mohosas, en una biblioteca, sí, para allí florecer y dar fruto anualmente, de acuerdo con su género, al lector fiel, en armonía con la Naturaleza circundante.

No sabría citar poema alguno que exprese adecuadamente este ansia por lo salvaje. Desde ese punto de vista, la mejor poesía resulta mansa. No sé en que literatura, antigua o moderna, hallar un texto que me satisfaga respecto a esa Naturaleza que me es familiar. Advertiréis que pido algo que ninguna época, ni neoclásica ni isabelina, que ninguna cultura, en una palabra, puede ofrecer. La mitología es lo que más se le aproxima. ¡Cuánto más fertilmente ha hundido, al menos, sus raíces en la naturaleza la mitología griega, en comparación con la literatura inglesa! La mitología es la cosecha que produjo el Viejo Mundo antes de que su suelo quedase exhausto, antes de que la creatividad y la imaginación se marchitasen; y que sigue dando frutos allí donde su vigor prístino permanece constante. Las demás literaturas perduran sólo como los olmos que dan sombra a nuestras casas; pero ésta es como el gran árbol-dragón de las islas occidentales escocesas, tan viejo como la humanidad y, prospere o no, perdurará tanto como ella; porque la putrefacción de otras literaturas compone el humus en que crece.

El Oeste se está preparando para añadir fábulas a las de Oriente. Los valles del Ganges, el Nilo y el Rhin, han dado su cosecha; queda por ver lo que producirán los del Amazonas, el Plata, o el Orinoco, el San Lorenzo y el Mississippi. Tal vez cuando, en el curso de los siglos, la libertad americana se haya convertido en una ficción del pasado -como es, hasta cierto punto, una ficción del presente- los poetas del mundo se inspiren en la mitología americana.

Ni siquiera los sueños más extravagantes de los salvajes son menos verdaderos, aunque puedan no resultar presentables para la sensibilidad común entre los ingleses y los americanos de hoy. No todas las verdades son aceptables para el sentido común. La Naturaleza tiene un lugar tanto para la clemátide silvestre como para la col. Algunas expresiones de la verdad son reminiscentes; otras simplemente sensatas, como suele decirse; otras, proféticas. Ciertas formas de enfermedad pueden, incluso, profetizar formas de la salud. El geólogo ha descubierto que las figuras de serpientes, grifos, dragones voladores y otros adornos extravagantes de la heráldica, tienen su modelo en formas de especímenes fósiles que se extinguieron antes de la creación del hombre y, por tanto, <<indican un vago y oscuro conocimiento de un estadio anterior de la existencia orgánica>>. Los hindúes soñaron que la tierra descansaba sobre un elefante, y el elefante sobre una tortuga, y la tortuga sobre una serpiente; y aunque puede ser una coincidencia sin importancia, no estaría fuera de lugar decir que aquí que se ha descubierto recientemente en Asia un fósil de tortuga lo bastante grande como para sostener a un elefante. Confieso que soy aficionado a estas fantasías estrambóticas que trascienden el orden del tiempo y la evolución. Constituyen el más sublime esparcimiento del intelecto. La perdiz adora los guisantes, pero no los que la acompañan en la cazuela.

En una palabra, todas las cosas buenas son salvajes y libres. Hay algo en unos acordes musicales, sean producidos por un instrumento o por la voz humana -por ejemplo, el sonido de una corneta en una noche de verano- que por su salvajismo, hablando sin ánimo de ironizar, me recuerda a las voces que profieren los animales salvajes en sus bosques originarios. Puedo entender mucha de su naturalidad. Dadme por amigos y vecinos hombres salvajes, no hombres domesticados. La naturaleza de un salvaje no es sino un pálido símbolo de la terrible ferocidad que conocen los hombres buenos y los amantes.

Me encanta, incluso, ver a los animales domésticos reafirmar sus derechos innatos, cualquier evidencia de que no han perdido del todo sus hábitos originarios y salvajes ni su vigor; como cuando la vaca de mi vecino se escapa del pastizal a principios de primavera y nada alegremente por el río, una corriente fría y gris de unas veinticinco o treinta pértigas de anchura, crecida por el deshielo. Es el bisonte cruzando el Mississippi. A mis ojos, esta hazaña confiere cierta dignidad al rebaño…. Tan digno de por sí. Las semillas del instinto se conservan bajo los gruesos cueros de las reses y los caballos, como la simiente en las entrañas de la tierra durante un periodo indefinido.

No sabemos esperar que las reses tengan espíritu juguetón. Un día vi a una docena de novillos y

vacas corriendo y retozando de un lado a otro, divirtiéndose torpemente, como ratas enormes, como gatitos. Agitaban la cabeza, levantaban el rabo, y corrían por una colina, arriba y abajo; y me di cuenta, tanto por sus cuernos como por lo que hacían, de su relación con la tribu de los ciervos. Pero ¡ay! : un <<¡so!>> fuerte y repentino habría apagado al instante su ardor, les habría reducido de carne de venado a carne de vaca y habría congelado sus flancos y sus nervios, así como su movilidad. ¡Quién sino el maligno habría gritado <<¡so!>> a la humanidad? De hecho, la vida del ganado, como la de muchos hombres, no es sino una forma de locomoción; mueven un flanco cada vez y el hombre, con su maquinaria, está encontrando el punto medio entre el caballo y el buey. Cualquier parte que haya tocado el látigo, queda a partir de entonces paralizada. ¿A quién se le ocurriría hablar de un flanco refiriéndose a la flexible tribu de los gatos como hablamos del flanco de una vaca?

Me alegro de que los caballos y los novillos tengan que ser domados antes de poder convertirlos en esclavos del hombre y de que los hombres mismos posean aún algún gramo de locura que gastar antes de volverse miembros sumisos de la sociedad. Indudablemente, no todos los hombres resultan igual de aptos para la civilización; y aunque la mayoría son, como los perros y las ovejas, mansos por disposición hereditaria, no por eso deberían los demás aceptar que se doblegue su idiosincrasia para poder rebajarlos al mismo nivel. Los hombres, en líneas generales, son parecidos; pero fueron creados distintos de modo que pudieran ser diferentes. Si hay que realizar una tarea vulgar, cualquier hombre servirá igual que otro, o casi; si la tarea es importante, habrá que tener en cuenta la excelencia individual. Cualquiera puede tapar un agujero para evitar que entre el viento, pero ningún otro podría realizar un trabajo tan poco común como pintar mi retrato. Dice Confucio: <<Cuando están curtidas, las pieles de los tigres y los leopardos son semejantes a las de los perros y las ovejas>>. Pero no es la función de una cultura auténtica amansar a los tigres, como no lo es convertir a las ovejas en seres feroces; y curtir las pieles de aquellos para hacer zapatos no constituye la mejor utilidad que puede dárseles.

Al echar un vistazo a una lista de nombres propios en un lengua extranjera, como la de los oficiales del ejército o la de los autores que han escrito sobre un tema determinado, recuerdo una vez más que en un nombre no hay nada. Menschikoff, por ejemplo, no me suena más humano que los bigotes de un roedor, y podría ser el nombre de una rata. A los polacos y a los rusos, nuestros nombres les suenan igual que los suyos a nosotros. Es como si los nombres se adjudicaran de acuerdo con un galimatías infantil: <<Iery wiery ichery van, tittle.tol.tan [pinto pinto gorgorito]>>. Me viene a la mente un rebaño de criaturas salvajes que pulularan por la tierra y a cada una de las cuales hubiese adjudicado el pastor algún sonido bárbaro en su propio dialecto. Los nombres de los hombres son, por supuesto, tan vulgares y desprovistos de significado como Base o Tray, los nombres de perro.

Pienso que sería filosóficamente provechoso que a los hombres se les llamara en conjunto, como se los conoce. Solo sería necesario saber el género, y quizás la raza o la variedad, para conocer al individuo. No estamos preparados para admitir que cada soldado raso de un ejército romano tuviera su nombre propio.. porque no se nos ha ocurrido que tuviera un carácter propio.

Hasta el presente, nuestros únicos nombres auténticos son los apodos. Conocí a un chico al que sus compañeros de juego apodaban, por su fuerza inusitada, Destrozón, y el apodo llegó a suplantar al nombre de pila. Cuentan algunos viajeros que un indio no recibía un nombre desde el principio, sino que lo ganaba, y que el nombre era su fama; en algunas tribus adquiría un nuevo nombre con cada nueva hazaña. Resulta patético que alguien lleve un nombre sólo por comodidad, que no haya ganado ni su nombre si su fama.

No voy a permitir que los simples nombres me impongan distinciones: seguiré viendo a todos los hombres en rebaños. Un nombre familiar no puede hacerme menos extraña a una persona. Puede que se le haya otorgado a un salvaje que mantiene en secreto su propio título salvaje, el que ganara en los

bosques. Tenemos en nuestro interior un salvaje natural; y quizá en algún un nombre salvaje esté registrado como nuestro. Observo que mi vecino, que lleva el epíteto familiar de William. O Edwin, se lo quita junto con su chaqueta. No se le queda adherido cuando duerme ni cuando está encolerizado, ni cuando lo arrebata la pasión o la inspiración. Me parece haber oído pronunciar por alguno de los suyos, en momentos así, su nombre originario en una lengua enrevesada, aunque melodiosa.

He aquí nuestra inmensa, salvaje, aulladora madre, la Naturaleza, presente por doquier con tanta belleza y tanto afecto hacia sus hijos como el leopardo; y sin embargo, qué pronto hemos abandonado su pecho para entregarnos a la sociedad, a esa cultura que es no es mas que una interacción entre hombres, una especie de apareamiento que, con mucho, produce la vulgar nobleza inglesa, una civilización destinada a un pronto fin.

En la sociedad, en las mejores instituciones humanas, es fácil detectar cierta precocidad. Cuando aún deberíamos ser niños en edad de crecer, somos ya hombrecitos. Dadme una cultura que traiga mucho estiércol de las praderas y profundice en la tierra, ¡no ésta que sólo confía en abonos que queman y en utensilios y métodos de cultivo mejorados!

Cuantos pobres estudiantes con vista cansada de los que he oído hablar, crecerían más rápido, tanto intelectual como físicamente si, en vez de quedarse despiertos hasta tan tarde, se permitieran el sueño honrado de los tontos.

Puede darse un exceso hasta de luz formativa. Niepce, un francés, descubrió el <<actinismo>>, esa energía de los rayos del sol que produce un efecto químico; que actúa sobre las rocas de granito, las estructuras pétreas y las estructuras metálicas >>de forma igualmente destructiva durante las horas de sol y, si no fuera por ciertas disposiciones de la Naturaleza no menos maravillosas, pronto perecerían bajo el delicado toque del más sutil de los agentes del universo>>. Pero observo que <<los cuerpos sometidos a este cambio durante las horas diurnas poseían la facultad de restituirse a sus condiciones originales durante las nocturnas, cuando ya no los afectaba aquella excitación>>. De ahí se ha inferido que <<las horas de oscuridad son tan necesarias para el universo inorgánico>>. Ni siquiera la luna brilla todas las noches, sino que cede su lugar a la oscuridad.

No me gustaría ver cultivados a todos los hombres, ni cada parte del hombre, como tampoco quisiera que lo fuese cada acre de tierra: una parte ha de destinarse al cultivo, pero la parte mayor ha de consistir en praderas y bosque, que no sólo tienen una utilidad inmediata, sino que además preparan el suelo con vistas al futuro mediante la putrefacción anual de su vegetación.

Un niño puede aprender otras letras, aparte de las que inventó Cadmo. Los españoles tienen un buen término para expresar esta sabiduría salvaje y oscura: Gramática parda, una forma de sentido común que proviene del mismo leopardo al que he hecho referencia.

Hemos oído hablar de una Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles. Se dice que saber es poder y cosas por el estilo. Me parece que tenemos igual necesidad de una Sociedad para la Difusión de la Ignorancia Útil, a la que llamaremos Conocimiento Bello, una sabiduría provechosa en un sentido más elevado: pues, ¿qué es la mayor parte de nuestra llamada sabiduría, tan cacareada, más que la presunción de que sabemos algo, lo que nos roba la ventaja de nuestra ignorancia real? Lo que llamamos sabiduría es a menudo nuestra ignorancia positiva; la ignorancia, nuestra sabiduría negativa. Gracias a muchos años de trabajo paciente y lectura de la prensa -¿ porque, qué otra cosa son las bibliotecas científicas sino archivos de periódicos?- un hombre acumula una miriada de datos, los almacena en su memoria, y luego, cuando en alguna primavera de su vida deambula fuera de casa, por los Grandes Campos del pensamiento, se lanza hacia la hierba como un caballo, por decirlo de alguna

manera, y deja todos los arreos atrás, en el establo. A veces les diría a los de la Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles: <<Láncese a la hierba. Ya han comido heno demasiado tiempo. Llegó la primavera con su verde cosecha>>. Hasta a las vacas las llevan a pastar en el campo antes de finales de mayo; aunque he oído hablar de un granjero desnaturalizado que encerraba a su vaca en la cuadra y la alimentaba con heno todo el año. Así trata con frecuencia la Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles a su ganado.

A veces, la ignorancia de un hombre no sólo es útil, sino también bella, mientras que su pretendida sabiduría resulta a menudo, además de desagradable, pero que inútil. ¿Con quién es mejor tratar? ¿Con quien no sabe nada de un tema y, lo que es enormemente raro, sabe que no sabe nada, o con quien sabe algo del asunto, en efecto, pero cree que lo sabe todo?

Mi deseo de conocimiento es intermitente; pero el de bañar mi mente en atmósferas ignoradas por mis pies es perenne y constante. Lo más alto a lo que podemos aspirar no es a la Sabiduría, sino la Simpatía con la inteligencia. No tengo constancia de que esta sabiduría más elevada alcance algo más definitivo que una nueva y enorme sorpresa ante la súbita revelación de la insuficiencia de cuanto hemos llamado hasta el momento Sabiduría: el descubrimiento de que hay más cosas en los cielos y en la tierra de las que sueña nuestra filosofía. Es la iluminación de la neblina por el sol. El hombre no puede saber en ningún sentido más alto que éste, de la misma manera que no puede mirar tranquila e impunemente al sol:
<<Lo que percibas, no lo percibirás como algo concreto>>, dicen los oráculos caldeos.

Hay algo de servil en la costumbre de buscar una ley a la que obedecer. Podemos estudiar las leyes de la materia cuando nos sea posible y para lo que nos interese, pero una vida lograda no conoce ley ninguna. Es, sin duda, un desafortunado descubrimiento el de una ley que nos ata cuando antes no sabíamos que estábamos atados. ¡Vive libre, hijo de la niebla! … y respecto a la sabiduría, todos somos hijos de la niebla. El hombre que se permite la libertad de vivir es superior a todas las leyes, en virtud a su relación con el legislador. <<Es servicio activo>>, dice el Vishnu Purana, <<el que no se convierte en servidumbre; es sabiduría la que sirve a nuestra liberación: todos los demás servicios sólo valen para agorarnos; todas las demás sabidurías sólo son habilidades de artista>>.

RESULTA notable cuán pocos acontecimientos o crisis hay en nuestras historias; qué poco hemos ejercitado nuestras mentes; cuán pocas experiencias hemos tenido. Me encantaría estar seguro de que crezco deprisa y con exuberancia, aunque mi mismo crecimiento perturbe esta aburrida ecuanimidad; aunque sea luchando durante las largas, oscuras y bochornosas noches o temporadas de tristeza. Estaría bien, aunque todas nuestras vidas fueran una divina tragedia en lugar de estas comedias o farsas triviales. Dante, Bunyan y demás, por lo visto, habían ejercitado sus mentes más que nosotros: estaban sometidos a un tipo de cultura que nuestras escuelas y universidades locales no prevén. Incluso Mahoma, aunque muchos pueden poner el grito en el cielo por mencionarlo, tenía mucho más por que vivir, sí, y por qué morir, que lo que tienen, por lo general, los que protestan.

Cuando, muy de vez en vez, algún pensamiento nos visita, quizá como dando un paseo por la vía del tren, pasan los vagones sin que los oigamos siquiera. Pero al cabo de poco, por alguna ley inexorable, nuestra vida sigue y los vagones vuelven.

> Dulce brisa, que invisible vagas,
> Y doblas los cardos en torno del Loira tormentoso,
> Viajera de valles expuestos al viento,
> ¿por qué abandonaste mi oído tan pronto?

Aunque casi todos los hombres se sienten atraídos por la sociedad, a pocos les ocurre lo propio con la Naturaleza. Dada su reacción frente a ella, la mayoría de los hombres me parecen, a pesar de sus artes, inferiores a los animales. Por lo general, no hay una relación hermosa, como en el caso de estos. ¡Qué poco aprecio por la belleza del paisaje se da entre nosotros! Tienen que decirnos que los griegos llamaban al mundo [Cosmos], Belleza u Orden, y aún no vemos con claridad por que lo hacían; como mucho, lo consideramos un curioso dato filosófico.

Por mi parte, siento que, con respecto a la Naturaleza, llevo una especie de vida fronteriza en los confines de un mundo en el que me limito a realizar entradas ocasionales y fugaces incursiones, y que mi patriotismo y mi lealtad para con el Estado a cuyos territorios parezco replegarme son los de un merodeador. Para alcanzar la vida que llamo natural, seguiría alegremente hasta a un fuego fatuo por los pantanos y lodazales más inimaginables, pero ni luna ni luciérnaga alguna me han mostrado el camino hacia ella. La Naturaleza es un personaje tan vasto y universal que nunca hemos visto uno siquiera de sus rasgos. Quien pasea por los conocidos campos que se extienden en torno a mi pueblo natal se encuentra a veces en un territorio distinto des descrito en las escrituras de propiedad, como si se hallase en algún lejano sector de los confines de Concord, donde acaba su jurisdicción y la idea que evoca la palabra Concord [Concordia] dejase también de inspirarnos. Esas granjas que yo mismo he medido, esos mojones que he levantado, aparecen confusos, como a través de una neblina; pero no hay química que los fije; se desvanecen de la superficie del cristal y el cuadro que pintó el artista surge vagamente por debajo. El mundo con el que estamos familiarizados no deja rastro y no tendrá aniversarios.

La otra tarde, di un paseo por la granja de Spaulding. Vi como el sol poniente iluminaba el lado opuesto de un pinar majestuoso. Sus rayos dorados se dispersaban por los corredores del bosque como por los de un palacio. Tuve la impresión de que en esta parte de la tierra llamada Concord se hubiese establecido una familia antigua, admirable e ilustre en todos los conceptos, que yo no conocía.. con el sol como sirviente… ajena a la sociedad del pueblo… a la que nadie visitaba. Vi su parque, su jardín de recreo, bosque adentro, en el campo de arándonos de Spaulding. Los pinos les proporcionaban techo mientras echaban raíces. La casa no saltaba a la vista; los árboles crecían a través de ella. Dudo si oí o no sonidos de una hilaridad contenida. Parecían apoyados en los rayos del sol. Tenían hijos e hijas. Y buena salud. El camino carretero de la granja, que cruza por medio el salón, no los incomodaba en absoluto; era como el fondo cenagoso de un estanque que a veces se vislumbra a través de los cielos reflejados. Jamás habían oído hablar de Spaulding e ignoraban que es su vecino… aunque le oí silbar mientras conducía su tiro por la casa. Nada puede igualar la serenidad de sus vidas. Su escudo de armas es un simple liquen. L o vi pintado en los pinos y en los robles. Sus desvanes estaban en las copas de los árboles. Desconocían la política. No había ruidos de trabajo. No advertí que estuviesen tejiendo o hilando. Pero si detecté, cuando el viento se calmaba y podía oír desde lejos, el dulce arrullo de la música más delicada que pueda imaginarse -como el de una colmena distante, en mayo-, que tal vez fuera el sonido de sus ideas. No tenían pensamientos ociosos y ningún extraño podía ver su obra, porque no rodeaban su diligencia de nudos y excrecencias.

Pero encuentro difícil recordarlos. Se desvanecen sin remedio de mi mente incluso ahora, mientras hablo y me empeño en evocarlos. Sólo después de un esfuerzo duro y prolongado para reunir mis mejores recuerdos, vuelve a ser consciente de su vecindad. Si no fuera por familias como esta, creo que me marcharía de Concord.

EN Nueva Inglaterra acostumbramos a decir que cada año nos visitan menos pichones. Nuestros bosques no les proporcionan perchas. Diríase que, de la misma manera, cada año visitan menos pensamientos a los hombres en edad de crecer, pues la arboleda de nuestras mentes ha sido devastada, vendida para alimentar innecesarias hogueras de ambición, o envidia a la serrería, y apenas queda una

ramita en que posarse. Ya no anidan ni crían entre nosotros. Quizá en las épocas más clementes pase volando a través del paisaje mental una ligera sombra, proyectada por las alas de aluna idea en su migración primaveral o otoñal pero, mirando hacia arriba, somos incapaces de descubrir la sustancia del pensamiento mismo. Nuestras aladas ideas se han convertido en aves de corral. Ya no se remontan y sólo alcanzan la magnificencia al nivel de los pollos de Shangai o de Cochinchina. ¡Aquellas gra-an-des ideas, aquellos gra-an-des hombres de los que habréis oído hablar!

NOS pegamos a la tierra, ¡que pocas veces ascendemos! Pienso que sería factible elevarnos un poco más. Podríamos trepar a un árbol por lo menos. Una vez, hallé mi propia estimación subiéndome a uno. Era un alto pino blanco, en la cima de un cerro; aunque me llené de resina, mereció la pena, porque descubrí en el horizonte nuevas montañas que nunca había visto, mucha más tierra y mucho más cielo. A buen seguro, podría haber pasado junto al pie del árbol durante toda mi vida sin haberlas visto nunca. Pero lo más importante es que descubrí a mí alrededor -era a finales de junio-, en el extremo de las ramas superiores, nada más, unos diminutos y delicados brotes rojos en forma de cono, la flor fecunda del pino blanco, que miraba hacia el cielo. Llevé enseguida al pueblo la rama más alta y se la enseñe a los forasteros miembros del jurado que paseaban por las calles, porque era semana de juicios, a los granjeros, a los comerciantes de madera, a los leñadores y a los cazadores; ninguno de ellos había visto nunca algo parecido y se maravillaban como si se tratase una estrella caída del cielo. ¡Y hablan de los antiguos arquitectos, que remataban su trabajo en lo más alto de las columnas con la misma perfección que en las partes más bajas y visibles! La naturaleza, desde el principio, desplegó los diminutos brotes del bosque sólo hacia los cielos, por encima de las cabezas de los hombres y sin que éstos los percibiesen. No vemos más que las flores que hay bajo nuestros pies, en los prados. Los pinos vienen desarrollando sus delicados brotes cada verano, desde hace una eternidad, en las ramas más altas del bosque, sobre las cabezas tanto de los hijos rojos de la Naturaleza como de sus hijos blancos; sin embargo, casi ningún granjero ni cazador del territorio los ha visto nunca.

SOBRE todo, no podemos permitirnos el lujo de no vivir en el presente. Bendito entre todos los mortales quien no pierda un instante de su fugaz vida en recordar el pasado. Nuestra filosofía envejecerá a menos que escuche el canto del gallo de cada corral que haya en nuestro horizonte. Un sonido que suele recordarnos que nuestras actividades y formas de pensar se están enmoheciendo y quedando obsoletas. Su filosofía se ciñe a un tiempo más reciente que el nuestro. Sugiere un novísimo testamento, el evangelio según este momento, acorde con él. No se ha quedado atrás; se ha levantado temprano y se ha mantenido en vela; y estar donde está es ser oportuno, encontrarse en la primera fila del tiempo. Es la expresión de la salud y la robustez de la Naturaleza, un alarde dirigido a todo el mundo: salud como cuando brota a chorro un manantial, una nueva fuente de las Musas para celebrar el último instante del tiempo. Donde vive, no se aprueban leyes contra los esclavos fugitivos. ¿Quién no ha traicionado mil veces a su maestro desde la última vez que oyó ese canto?

El mérito de la voz de esta ave consiste en estar libre de cualquier quejumbre. Un cantante puede, con facilidad, provocarnos lágrimas o risa, pero ¿dónde está el que sepa excitar en nosotros el puro regocijo matutino? Cuando, en medio de una lúgubre depresión, rompiendo un domingo el terrible silencio de nuestras aceras de tablas, o quizá velando en la funeraria, oigo cantar al gallo, cerca o lejos, pienso para mí: <<Al menos, uno de nosotros se encuentra bien>>… y, con una repentina efusión, vuelvo a mi ser.

UN día del pasado noviembre, presenciamos un atardecer extraordinario. Estaba yo paseando por un prado en el que nace un arroyuelo, cuando el sol, justo antes de ponerse, tras un día frío y gris, llegó a un estrato claro del horizonte y derramó la más dulce y brillante luz matinal sobre la hierba seca, sobre las ramas de los árboles del horizonte opuesto y sobre las hojas de las carrascas de la colina, mientras nuestras sombras se alargan hacía el este sobre el prado, como si fuéramos las únicas tachas en sus

rayos. Había una luz como no podíamos imaginar momentos antes y el aire era tan cálido y sereno que nada faltaba al prado para ser un paraíso. Si pensábamos que aquello no era un fenómeno aislado que nunca más iba a ocurrir, sino que se repetiría una y otra vez, un número infinito de atardeceres, y confortaría y sosegaría hasta al último niño que andaba por allí, resultaba todavía más glorioso.

El sol se pone sobre un prado retirado, en el que no se ve casa alguna, con toda la gloria y esplendor que derrocha sobre las ciudades, y quizá más que nunca; no hay sino un solitario halcón de los pantanos, con las alas doradas por sus rayos; o bien, sólo una rata almizclada que observa desde su madriguera; y un arroyuelo jaspeado en negro, en medio del marjal, comienza su vagabundeo serpenteando lentamente en torno a un tocón podrido. Caminábamos envueltos en una luz pura y brillante que doraba la hierba y las hojas marchitas; tan dulce y serenamente viva, que pensé que nunca me había bañado en un torrente dorado que se le asemejase, sin una onda o un murmullo. El lado occidental de los bosques y las elevaciones resplandecía como los confines del Elíseo y el sol, a nuestras espaldas, semejaba un pastor que nos llevara a casa al atardecer.

Así deambulamos hacía Tierra Santa, hasta que un día el sol brille más que nunca, tal vez en nuestras mentes y en nuestros corazones, e ilumine la totalidad de nuestras vidas con una intensa luz que nos despierte, tan cálida, serena y dorada como la de una ribera en otoño.